
Ibañez
Los HOMBRES GUSANO de CERES
LEO MACDONAL
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

LEO MACDONAL

LOS HOMBRES GUSANO DE CERES

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA



Depósito Legal V. 3160.—1961.

Número de registro: 6375.—1961.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA

LOS HOMBRES GUSANO DE CERES



CAPÍTULO PRIMERO

E

n el enorme edificio donde estaban alojadas las oficinas del G.I.C.N.U.T. (Gabinete de Investigaciones Científicas de las Naciones Unidas de la Tierra) había un gran revuelo. Había sido convocada, con carácter urgente, una reunión extraordinaria y los más prestigiosos sabios acudían, de los rincones más apartados del globo, atentos a la llamada del Profesor Duglas, jefe y alma del Gabinete.

Los sabios, a medida que iban llegando, pasaban al amplio y severo salón de sesiones. Allí comentaban, extrañados, lo misterioso de aquella reunión. Se hacían mil conjeturas y mil cábalas. Un ujier anunció con voz campanuda:

—El Profesor Duglas.

Cesaron los comentarios, se hizo el silencio y los sabios fueron tomando asiento. El Profesor Duglas, entró sonriente. Era un hombre de unos 55 años, alto, delgado, de amplia frente y ojos brillantes e inteligentes. Ocupó el alto estrado, se sentó tras la mesa presidencial y después de un segundo de silencio, miró a sus compañeros:

—Señores—su voz era clara y firme—les he mandado llamar

porque necesito comunicarles algo de extraordinaria importancia.

Aquí hizo una pausa. En el salón de Sesiones había un silencio sepulcral. Se podía escuchar el revoloteo de las moscas.

—Ya les supongo enterados—continuó diciendo el Profesor—de la muerte de nuestro común compañero y amigo el Profesor Wanderben. No es necesario que les desmenuce la serie de rarezas que anidaban en el ánimo de nuestro difunto compañero. Todos ustedes las conocen lo mismo que yo. Todos saben que Wanderben era un hombre insociable, un hurón, que se guardaba para sí sus descubrimientos. Ahora bien, al fallecer ha legado, así lo específica en su testamento, a este Gabinete, un grueso libro: Sus memorias. En este libro hemos encontrado cosas verdaderamente interesantes y sorprendentes. Una de esas cosas es la que ha motivado que yo les llamase.

Volvió a callar. Abrió su cartera y extrajo de ella varios papeles; después continuó:

—Creo que recordarán, hace de esto seis o siete años, que el Profesor Wanderben exploró minuciosamente los satélites de Saturno. Nadie supo nunca lo que el Profesor descubrió en aquella exploración. Hoy, y gracias a sus Memorias, lo hemos sabido —hizo una pausa espectacular, luego prosiguió—. Como bien saben ustedes, Saturno tiene varios satélites, Mimas, Encédalo, Tetis, Dione, Rea, Titán, Hiperion y Yapeto, pues bien, precisamente en Titán, Wanderben encontró algo de suma importancia. Un metal que él bautizó con el nombre de «Alirik». El «alirik» es un metal y como todos ellos magnífico conductor del calor y de la electricidad. Es dúctil, maleable y de muy poco peso. Si se le trata a base de una serie de corrientes electrónicas, adquiere la propiedad de la transparencia, al mismo tiempo que recoge un índice de dureza muy superior a todos los metales y aleaciones conocidas. Básteles saber que resiste sin deterioro alguno, una descarga de rayos masivos. Ni que decir tiene que hemos hecho pruebas con un trozo de este metal que el profesor nos legó junto con su Libro. Las armas más modernas y destructivas no le han afectado en absoluto. Resiste temperaturas del orden de millones de grados. Es, pues, el material ideal para la construcción de acorazados, naves espaciales y hasta incluso edificios.

Un murmullo de asombro e incredulidad se elevó en el salón de sesiones. El Profesor Duglas prosiguió.

—Enterado el Estado Mayor de las propiedades del «alirik» me ha comisionado para que organice una expedición hacia Titán para localizar esas minas que, según el profesor Wanderben, son prácticamente inagotables ya que casi todo el subsuelo de Titán está compuesto de este maravilloso mineral.

Los sabios hicieron gestos de clara satisfacción y contento. El

profesor Duglas prosiguió:

—Esta expedición encerrará varios peligros. El profesor Wanderben no nos ha dejado plano alguno que indique la situación de la mina, así pues, tendremos que buscarla nosotros. Todo ello lo debemos llevar en el más riguroso secreto ya que si se enterasen los saturninos o jupiterianos podría desencadenarse un conflicto de graves consecuencias.

Uno de los sabios, un joven de elevada estatura y de faz inteligente se atrevió a preguntar:

—Profesor, ¿me permite una pregunta?

El profesor Duglas respondió, amablemente:

—Hágala, Curtis.

—Si la memoria no me es infiel, el profesor Wanderben no fue solo a Titán. Creo que le acompañaba un hombre.

—Así es, Curtis—dijo Duglas—. Ese hombre, un excelente mecánico y piloto además de un explorador magnífico, Andrés Valero, de nombre, acompañó al profesor Wanderben, pero no creo que sepa nada de la mina.

—Puede, pero es innegable que conocerá perfectamente los lugares por donde estuvo el profesor, él puede guiarnos.

—Ya lo habíamos pensado. Esta era una de las cosas que quería decirles. Andrés Valero, en estos momentos se halla en la cárcel. Es un hombre un tanto desaprensivo y se le demostró que estaba complicado con cierta clase de contrabando. A los que vayan a esa expedición les tocará decidir si desean que un hombre de esa catadura moral les acompañe o no.

Curtis bajó la cabeza y murmuró:

—Lo primero que debemos saber es quiénes van a ser los elegidos.

El profesor Duglas sonrió:

—Yo por mi parte he hecho una lista. Voy a leerla. Profesor Curtis, usted es uno de los elegidos. Nos hacen falta sus conocimientos de geología. Los demás son los siguientes: El profesor Adam, de mineralogía; el profesor Morgan, de astronomía; la profesora Tatiana Álvarez, ingeniero de minas; el mayor Brent, del Estado Mayor del Ejército; el capitán Saulo, del departamento de defensa Sideral: y como pilotos, Carlos Ponti y Julio Rincón. Desde luego yo también les acompañaré así como mi secretaria, señorita Ester Mendoza. Como jefe absoluto de la expedición, tanto el estado mayor, como este gabinete han pensado en Tatiana Álvarez. Es una autoridad en cuestiones de minería además de poseer grandes conocimientos de la

estructura de los satélites de Saturno —aquí hizo una pausa, luego continuó—; Si alguno de ustedes tiene que decir alguna cosa, éste es el momento.

Los sabios se miraron unos a otros. Todos los allí reunidos habían sido nombrados por el profesor Duglas. Hasta los pilotos y los militares se encontraban en el salón de sesiones. Nadie se movió del sitio. Sólo se levantó una joven de extraordinaria hermosura. Era alta, bien proporcionada, de ojos violeta y pelo rojo sangre. Con voz bien modulada dijo:

—Profesor, yo creo que si usted nos tiene que acompañar, debe hacerse cargo de la jefatura de la expedición. No es que desee eludir responsabilidades, pero…

El profesor Duglas cortó amablemente:

—Tatiana—dijo—eres tú la designada para ese cargo. Creo que no se podía haber elegido mejor. ¿No opinan ustedes lo mismo que yo, caballeros?

Los gestos de afirmación se fueron sucediendo.

—Pero es que…—protestó la eminente profesora.

—No hay ningún pero, Tatiana. Vamos, salvo que quieras renunciar a ir a Titán…

—De ningún modo. Esa expedición me llena de entusiasmo. Lo que creo es que soy muy joven para aceptar la jefatura. Todos cuantos iremos tienen muchos más méritos que yo para ocupar ese puesto.

El Profesor sonrió benévolamente.

—Dejemos eso de la juventud para otro momento. Creo que ya está bien puntualizado quién debe ostentar el mando científico. Ahora pasemos a estudiar los detalles complementarios. ¿Qué hacemos, nos acompaña Andrés Valero o lo dejamos en la prisión?

Tatiana miró a sus compañeros y dijo con energía:

—Ese hombre tiene un gran, valor para nosotros. Él puede abreviar en muchos meses nuestra exploración. Debe, por lo tanto, venir.

Así opinaron los demás. El Profesor Duglas se levantó y dijo:

—Pueden ustedes retirarse. Ya les indicaré el momento en que debemos reunirnos de nuevo. Tú, Tatiana, quédate, tengo que hablar contigo.

Los sabios salieron en silencio del salón de sesiones y sólo la Profesora Tatiana se quedó con él. El profesor Duglas le habló cariñosamente:

—Amiga mía, esta misión es muy importante. Todos estaremos pendientes de tus decisiones. A ti te corresponde organizar la

expedición. Tanto el Jefe del Estado Mayor, como el Presidente de las Naciones Unidas, están seguros de tu eficacia y talento.

—Gracias—respondió la muchacha. Pese a ser una eminencia dentro de la minería, no tenía más allá de los 25 años. Había sido alumna del Profesor Duglas, de ahí que éste la conociera bien y supiese de su extraordinario talento—. Seré digna de su confianza, profesor.

Duglas sonrió. Quería a Tatiana como a una hija.

—Voy a darte unos consejos. Muéstrate severa, pero no desagradable. Que tus decisiones sean siempre rectas y justas. Y, sobre todo, que nunca tengan que decir que la jefatura ha trocado tu carácter.

—Lo tendré en cuenta.

—Y ahora otra cosa. Antes de cursar el oficio que ponga en libertad a Andrés Valero, yo iría a verle. Le hablaría, le sondearía y después… decidiría lo que se debe hacer.

Tatiana sonrió. Al hacerlo, dejó al descubierto unos dientes blancos como los frutos del almendro.

—Ya lo había pensado.

—Pues… no te retengo más. Tienes mucho trabajo… Y suerte.

El profesor estrechó efusivamente la mano de Tatiana Álvarez. Esta, después de despedirse de Duglas salió del enorme edificio. Montó en su bólido y salió a toda velocidad hacia la Cárcel del Estado.

Mientras conducía, mil ideas llenaban su mente. Aquella expedición colmaba todas sus ansias y todos sus anhelos. Hija de una familia humilde, había estudiado denodadamente hasta sacar el título de ingeniero de minas. Después, las cosas se fueron arreglando. Consiguió ganar las oposiciones a la Cátedra de Matemáticas, en la Escuela Superior de Ingenieros y había tenido la suerte de encontrar la fórmula de una aleación importantísima. Aquello le valió el prestigio de que hoy gozaba. Si conseguía que la expedición fuese un éxito se situaría definitivamente en las altas esferas del saber.

El bólido fue perdiendo velocidad gradualmente. Se quedó definitivamente parado ante un hermoso edificio, de moderna construcción. En el frontispicio del mismo se leía «Prisión del Estado».

Tatiana descendió del bólido y con paso rápido y seguro se dirigió hacia la puerta. Cuando estuvo cerca de ella, las células fotoeléctricas actuaron y la puerta se abrió de par en par. Entró la joven y de nuevo las células fosforecieron y la puerta se cerró.

Tatiana quiso avanzar pero no pudo. Una cortina de rayos sólidos le impedía el paso. Sonaron unos timbres con enloquecedora

intensidad y un hombre avanzó hacia ella. Se quedó a la otra parte de la cortina de los rayos sólidos.

—¿Qué desea?—le preguntó amablemente.

—Quisiera ver al director de la Prisión. Mi nombre es Tatiana Álvarez, Profesora de la Escuela Superior de Ingeniería.

El hombre la observó detenidamente. Se acercó a la pared y pulsó un botón.

—Ya puede pasar.

Los rayos habían cesado de actuar y el paso estaba libre. Cuando Tatiana cruzó el lugar donde poco antes estaba la cortina de rayos sólidos, el hombre volvió a pulsar el botón y de nuevo la cortina impedía el paso.

—Sígame—dijo con amabilidad.

Tatiana siguió al hombre. Este la llevó por un amplio corredor que desembocaba en una escalera de mármol blanco. Subieron despaciosamente hasta el primer piso. Otro corredor los llevó hasta una puerta de cristales donde se leía la palabra: Dirección. El hombre abrió la puerta y pidió permiso. Al instante Tatiana se encontraba en un lujoso despacho sentada en un mullido sillón frente a un hombre de simpático rostro.

—¿Usted dirá, profesora?

En pocas palabras, Tatiana le dijo a lo que iba. Desde luego tuvo buen cuidado de no decir ni una sola palabra del mineral descubierto por el profesor Wanderben.

—Como supondrá—le dijo—deseo conocer a ese hombre antes de decidir si debe o no acompañarnos. Caso de que sus servicios me interesen, obtendré el indulto.

El director de la Prisión, asintió en silencio. Pulsó un botón y habló por el dictáfono:

—Traigan a mi despacho al recluso Andrés Valero.

Tatiana le sonrió. El director dijo:

—Ese hombre está aquí por contrabando. No le conozco demasiado pero puedo decirle que es un cínico, se burla de su propia sombra. Sus compañeros no le quieren demasiado, dado su carácter burlón y cáustico, así como por su temperamento agresivo. Creo que en vez de sangre, tiene pólvora o dinamita en sus venas. Ya lo verá.

En efecto. No tardó mucho en estar frente a frente a Andrés Valero. Era éste un hombre de unos 33 años, alto, de anchas espaldas, de tez morena, de pelo negro y ensortijado. Sus ojos, negros también, miraban burlones y su boca se plegaba en una perenne sonrisa de ironía y superioridad.

Tatiana le estudió detenidamente. Después se volvió al director y le suplicó:

—¿Nos podría dejar solos?

—No faltaba más—y salió del despacho. Tatiana volvió a mirar a Andrés Valero para decirle—: Siéntese. Quiero hablarle de algo que puede interesarle.

Andrés se sentó en el sillón. Desde el primer momento se quedó impresionado por la belleza de la joven.

—Ya puede hablar—le dijo sin dejar de sonreír.

—Vengo a proponerle la libertad. ¿Le interesa el ofrecimiento?

Una sonora carcajada se escapó de la garganta de Andrés.

—Cómo se conoce que usted no ha estado nunca a la sombra. Hable. ¿A quién tengo que matar para conseguir ser libre?

—A nadie. Simplemente le vengo a ofrecer un puesto de guía.

—¿De guía?

—Sí.

—Hable. Estoy impaciente.

—Según he sabido, usted acompañó al Profesor Wanderben al satélite de Saturno Titán, por lo tanto debe conocerle perfectamente. Yo he organizado una expedición y quisiera que usted nos acompañase.

Andrés Valero miró a la muchacha. Su mirada era ardiente, fogosa.

—¿Sólo es eso?

—Sólo.

—No me fío, preciosa. Demasiado sencillo. Aquí hay gato encerrado.

Tatiana sintió que las mejillas se le encendían. Aquel hombre le había llamado «preciosa» con un descaro inaudito. Estuvo a punto de levantarse y dejarlo en la prisión, pero no lo hizo. Le necesitaba.

—No hay nada escondido. Se lo aseguro.

—Mira—dijo tuteándola—a mí no se me puede engañar fácilmente. Una expedición de esa categoría vale mucho dinero. Yo no dudo de que tú lo tengas, pero por mucho dinero que haya de por medio, no se puede conseguir la anulación de mi condena. Para que ello sea posible debe ser cosa oficial y de gran envergadura. ¿Qué es lo que vas a buscar a Titán?

Tatiana se levantó. Estaba rabiosa. Aquel hombre no respetaba a nada ni a nadie.

—A usted no le importa lo que vamos a buscar. Sólo le debe interesar la proposición que le hago. Su libertad a cambio…

—De la muerte. ¿No es eso?

—¿Por qué la muerte?

—Pero oye, muñeca—la voz de Andrés respiraba ironía por los cuatro costados—. ¿Me crees tonto? Si es cosa oficial, y no puede ser de otra manera para conseguir mi libertad, allí haréis lo que sea, no me importa, pero sí algo importantísimo. ¿Crees tú que después se fiarán de mí? No. Nadie puede fiarse de un contrabandista. Temerán que venda el secreto a otro planeta. Y ante este temor… pues lo mejor es suprimirme. No, preciosa, estoy muy a disgusto en la cárcel, pero todavía respiro.

Tatiana estaba nerviosa.

Le doy mi palabra que no le sucederá nada.

—¿Y su palabra vale mucho? — preguntó burlón.

—Soy la jefe de esta expedición.

—¡Oh! La jefe…—se volvió a burlar—. Muy honrado de conocerla —luego lanzó una carcajada—. Tiene gracia, sí, tiene gracia. Pero para que veas que no tengo ningún miedo, acepto tu ofrecimiento. ¿Cuándo me sacarán de esta ratonera?

Tatiana estuvo a punto de exclamar: «Nunca, ya no necesito de sus servicios». Pero no lo hizo. Se limitó a decir:

—Cuando el Presidente conceda el indulto.

—Bueno. ¿Qué voy ganando?

—No comprendo—dijo Tatiana al borde de la extrañeza.

—Pues está bien claro. Pregunto la paga que voy a tener. No creerás que voy a trabajar por amor al arte.

—Creo que su paga es suficientemente grande. La libertad. ¿Le parece poco?

—Poquísimo. Con la libertad sólo, no se come. No, amiga mía, si no me dan un buen sueldo me quedo.

—Está bien. Tendrá una paga—dijo medio vencida. Aquellos ojos tenían la virtud de ponerla nerviosa.

—Eso está mejor, muñeca.

—¿Puede usted dejar de llamarme muñeca y de tutearme ? No lo creo procedente.

Andrés volvió a reírse.

—De acuerdo, muñeca, no volveré a llamarle muñeca.

—Es usted un grosero y un cínico irresistible.

—No insultes, por favor. Recuerda que has sido tú la que has venido a pedirme un favor. Yo... estoy estupendamente aquí en la ratonera.

Aquel hombre tenía todos los triunfos en la mano. Él lo sabía y por eso se aprovechaba. Tatiana tuvo que morderse los labios para no contestarle con una grosería.

—No tenemos nada más que hablar. Me marcho. Ya le comunicarán la libertad el día que tengamos que salir hacia Titán. Buenas tardes —Tatiana hizo mención de salir del despacho pero Andrés se levantó de un ágil salto y la sujetó fuertemente por un brazo.

—No tan de prisa, preciosa, Antes quiero saber otras cosas.

—¡Suélteme!—gritó imperativamente.

—No grite. Me molestan los chillidos.

—¡Suélteme le digo!

—Ya la he soltado, profesora — se burló cruelmente—. Pero antes de que se marche quiero saber en calidad de qué voy en esa expedición. Soy mecánico y piloto. ¿Cuál de las dos facetas es mi misión?

—Ninguna de las dos. Usted vendrá como guía simplemente.

—¿Como guía solamente?—volvió a preguntar.

—Así es. ¿Quiere algo más?

Andrés la miró sonriente. Luego dijo jocoso:

—Como querer.... sí quiero, pero si te lo pido, ¿me lo darás?

— ¿Qué es Ello? — preguntó inocentemente Tatiana.

—Poca cosa, Un beso.

La muchacha se escandalizó. Le miró de hito en hito y salió presurosa del despacho del director. Tras ella se escuchó una burlona carcajada.

—Grosero, es un grosero. Pero... ya verá lo que es bueno. Tengo que humillarle. ¡Pues no faltaba más! Grosero, cínico...

Y con los nervios de punta, sin acordarse de despedirse del director de la Prisión, salió y montó en su bólido.

Se sentía terriblemente ofendida por aquel hombre cínico y desaprensivo.

—De buena gana le dejaría pudrirse en la prisión... ¡pero me es tan necesario!—dijo en voz alta mientras apretaba el acelerador del bólido y éste se lanzaba a más de doscientos kilómetros a la hora por la amplia y despejada pista.

—Sí—se volvió a decir—me hace falta. Titán es un satélite

bastante accidentado. Una serie de cordilleras cubiertas por bosques pétreos lo cruzan en todas direcciones, además de un sinfín de riachuelos sembrados de profundas cataratas. Sin un guía experto es posible que nuestra expedición fuese un fracaso. Y no debo consentirlo. Es la gran oportunidad de mi vida y debo llevarla a buen fin. El «Alirik» debe ser encontrado y traído a la Tierra. Con ese mineral en nuestras manos, la Tierra pasará a ser la Gran Potencia del Sistema Planetario Solar.

El bólido, sabiamente conducido se internó en una enorme avenida. Una hilera de bólidos circulaba en ambas direcciones a velocidades de vértigo. Tatiana se unió a esa hilera hasta llegar frente a un alto rascacielos. Allí maniobró y salió de la línea para aparcar junto a la acera frente al hermoso edificio. Descendió con rapidez y se internó por la amplia puerta. Monto en el ascensor y a los pocos segundos se encontraba frente a su mesa de despacho. Rápidamente redactó un oficio dirigido al Presidente de las Naciones Unidas de la Tierra pidiendo el indulto de Andrés Valero, exponiendo, como es natural, los motivos que le inducían a ello. Cuando terminó, lo volvió a leer y sonrió satisfecha.

—Le voy a sacar de la «ratonera», Andrés Valero, pero ya verá lo que es bueno. De mí no se ha reído nadie hasta la fecha—y al decirlo sus ojos violeta resplandecían coléricos e irónicos.

CAPÍTULO II

L[image]

a gigantesca nave ya estaba preparada para lanzarse a la conquista del Espacio. Carlos Ponti y Julio Rincón, los dos pilotos, estaban revisando en aquellos momentos las cargas de combustible atómico así como el complicado cuadro de mandos. Después de un minucioso examen. Carlos salió de la aeronave y marchó en busca de Tatiana Álvarez que se encontraba reunida con los demás profesores en la gigantesca torre del aeropuerto.

— Profesora—-dijo respetuosamente Carlos Ponti—todo está en orden.

Tatiana sonrió al joven y apuesto piloto.

—Gracias. Muy pronto nos marcharemos.

El piloto se retiró silenciosamente. Julio Rincón también llegó junto a Tatiana para darle las novedades.

—El cargamento y todos los demás pertrechos, en orden, profesora.

—Muchas gracias—volvió a sonreír deliciosamente. No sabía por qué pero a medida que se acercaba el momento decisivo estaba más contenta.

Julio Rincón se retiró y se unió a su compañero Carlos Ponti.

Los profesores hablaban animadamente.

—Casi un mes nos ha costado hacer todos los preparativos, pero gracias al cielo ya está todo en orden—dijo el geólogo Curtis frotándose las manos con fruición.

—Si les dijera que estoy nervioso, ¿se lo creerían? —afirmó sonriendo tímidamente el Profesor Adam, de mineralogía. Era un hombre no muy alto y sí bastante grueso, de cara bonachona y ojos simpáticos.

—Pues claro que nos lo creeríamos—aseguró Morgan, el sabio astrónomo, delgado y nervioso—. Yo parezco en estos momentos una central eléctrica—y se echó a reír. Su risa conejil prendió en los demás que la corearon alegremente.

—¿A qué estamos esperando?—preguntó el profesor Duglas.

Tatiana respondió rápidamente:

—A que nos traigan a Andrés Valero. El Presidente consintió en darle el indulto, pero no lo dejaría en libertad hasta el instante mismo de iniciarse el vuelo. Hace unos minutos que he hablado con el Director de la Prisión para decirle que todo estaba preparado y me aseguró que me enviaba al preso.

—La verdad es que viajar con un tipo de esa catadura moral no me hace mucha gracia—silabeó Curtis.

—Ni a mí—afirmó Morgan—. Ese tipo es la nota negra de esta hermosa expedición.

—Y que lo diga—dijo Adam—. Sólo al pensar que con nosotros viene un presidiario...

—Ha sido una pena no poder prescindir de sus servicios—comentó el profesor Duglas.

Tatiana se creyó en la obligación de intervenir.

—No crean que a mí me hace mucha gracia. Ustedes todavía no le conocen, y es bastante peor de lo que se imaginan. Pero no ha habido más remedio. Él es el único hombre que conoce perfectamente aquellos montañosos y accidentados parajes. Por el bien de la ciencia tenemos que soportar su ingrata presencia. Yo les ruego a todos un poco de paciencia y... resignación.

—Sí... no hay otro remedio...—habló Curtis.

Se hizo el silencio. Todas las mentes pensaban en aquel momento en Andrés Valero. ¿Cómo sería? ¿Se podrían fiar de él?

El profesor Duglas rompió el silencio.

—Observo que los militares todavía no han venido.

—Se equivoca, profesor—dijo una voz tras de él. Este se volvió y vio a dos jóvenes sonrientes. Eran el Mayor Brent y el Capitán Saulo. El Mayor continuó diciendo—: Terminamos de llegar. Nuestro bólido ha sufrido una pequeña avería... pero afortunadamente hemos llegado bien.

Los profesores saludaron cordialmente a los militares y Tatiana les sonrió agradablemente.

—Sólo falta que llegue el guía—dijo.

Un murmullo se elevó en el amplio hall de la Torre del Aeropuerto. Terminaban de hacer su aparición tres hombres. Dos de ellos, vistiendo el uniforme de la policía sideral y el otro, en el centro, custodiado, con un desaliñado traje de paisano. Uno de los policías se adelantó unos pasos y se acercó al grupo de sabios.

—Perdónenme, caballeros. ¿La profesora Tatiana Álvarez?

—Yo soy—dijo la aludida.

El policía saludó militarmente al tiempo que decía:

—Le traigo a Andrés Valero.

—Muchas gracias. Puede dejarlo libre.

El policía sonrió.

—Perdone, pero he recibido órdenes de dejarlo sobre la aeronave espacial. Hasta que ésta no se ponga en funcionamiento debo permanecer en el aeropuerto.

—Está bien. Puede vigilarle, pero déjele que se acerque al grupo. Tengo que hacer las presentaciones de rigor.

—A la orden— y respetuosamente se retiró.

Ester Sanz, la secretaria del Profesor Duglas, una joven de provocativa belleza, se quedó mirando al apuesto Andrés que avanzaba sonriente hacia el grupo de sabios. Cuando llegó se acercó a Tatiana y dijo con su característica desenvoltura:

—¡Hola, muñeca! No esperaba encontrarte tan risueña.

Tatiana enrojeció visiblemente.

—Señor Valero—su voz era fría, cortante, autoritaria—. No me gustan sus maneras de hablar ni sus confianzas. Le ordeno que se comporte como un caballero. Ya sé que le será difícil, pero procúrelo al menos—las últimas palabras rezumaban ironía y causticidad.

Andrés ni se inmutó siquiera. Su cínica sonrisa se hizo más

amplia, más irónica.

— Está bien… muñeca. Lo procuraré — hizo una ligera pausa y después insinuó—: ¿No me presentas a estos caballeros?

Los profesores no salían de su asombro. Nunca sospecharon que Andrés Valero tratase con aquella familiaridad a Tatiana. ¿Se conocían de antiguo? Esa fue la primera pregunta que les llenó la mente. Tatiana, roja como una amapola miró agresivamente al presidiario.

—Señor Valero. Antes de que iniciemos este viaje, vamos a poner los puntos sobre las íes. No le conozco lo suficiente para poder juzgarle, pero su conducta para conmigo es de una desvergüenza tal, que me veré obligada a prescindir de sus servicios si no la enmienda. Usted aquí sólo es un simple guía, no le da derecho pues a tratarme con esa estúpida familiaridad, que nadie le ha autorizado a usar. Por otra parte, todos nosotros somos científicos, lo cual quiere decir que estamos a una altura muy superior a la suya. Y ahora decídase. O se da cuenta de cuál es su posición entre nosotros y la acepta, o da media vuelta y se vuelve de nuevo a la cárcel. Lo que desee. Espero su respuesta.

Andrés Valero escuchó con su eterna sonrisa entre los labios, la rociada de Tatiana. Se levantó de hombros para decir:

—Siempre me han desagradado las escenas ridículas, y ésta es una de ellas. Usted sabe muy bien que no pueden despegar sin mí. Yo soy el único hombre del Universo que sabe muchas cosas de las que ustedes van a buscar. Puedo hacer valer mis derechos. Pero no lo hago… por ahora. Ya veremos más tarde quién es el imprescindible… si los científicos, como pomposamente a sí misma se califica… o este… miserable guía. Pero, dejemos eso… de momento —hizo una graciosa reverencia y murmuró—: Profesora Tatiana Álvarez, me pongo a su entera disposición. ¿Me permite conocer a los demás miembros de esta magnífica expedición?

Tatiana se estaba poniendo nerviosa. No quiso alargar por más tiempo aquella escena y fue mecánicamente presentando a los demás del grupo. Andrés se inclinaba ante ellos sin que su sonrisa se borrase del rostro. Ni una sola vez alargó la mano. Sólo cuando le llegó el turno a Ester Sanz, estrechó firmemente la diestra de la hermosa joven y murmuró admirativamente:

—¡Caramba! Vaya sorpresa. Si hubiese sabido que usted formaba parte de esta expedición me hubiese portado con mucha cortesía. Es usted preciosa. ¿Se lo han dicho muchas veces?

Ester sonrió halagada.

—Algunas.

—Pues yo se lo estaré repitiendo hasta que lleguemos a Titán…

después lo cambiaré por otro...

Tatiana sintió una rabia atroz. Le molestaba que Andrés le tratase con aquella desvergonzada familiaridad, pero también le desagradaba que no le hiciese caso. Por eso murmuró altiva:

—Basta de sandeces, señor Valero. Tenemos que marcharnos.

Andrés la miró con el rabillo del ojo y lanzó una alegre carcajada que tuvo la virtud de poner serios a todos los científicos.

* * *

El lanzamiento de la nave espacial se llevó sin el menor tropiezo. Ya hacía unas horas que surcaba por los infinitos espacios Siderales rumbo a Titán. Los pilotos, atentos a sus mandos, hablaban de vez en cuando con la Tierra pidiendo algún que otro dato de importancia.

Reunidos en una sala de grandes proporciones, herméticamente cerrada, los viajeros seguían las incidencias del vuelo reflejadas en una pantalla de radar.

El profesor Morgan sacó de su amplia cartera unos cuantos mapas y planos que extendió sobre una mesita de pequeñas dimensiones.

—Todo esto es lo que he podido conseguir de Titán. Aquí hay una serie de mapas y planos muy interesantes.

Los sabios se acercaron a contemplarlos. Andrés Valero, en un rincón de la sala, silbaba despreocupadamente.

—Tiene un paisaje maravilloso—dijo Curtis

—De fantasía—se atrevió a afirmar Adam.

—Cuando lo vean de cerca no les parecerá tan hermoso—dijo Andrés Valero con marcada indiferencia.

Todos los rostros se volvieron hacia él. Andrés continuó sonriente.

—Mientras, no entremos en los bosques todo irá estupendamente, pero cuando penetremos en ellos, de los árboles pétreos se desprende una especie de polvillo que afecta a la piel. Ya verán lo que es bueno. Nos saldrán unas placas rojas por todo el cuerpo, que pican como verdaderos diablos. No tendrán bastantes manos para rascarse—terminó riendo sonoramente.

Tatiana le miró con ojos coléricos.

—¡Y se le ocurre decirlo ahora! Su obligación era comunicarlo cuando estábamos en la Tierra. Allí hubiésemos podido encontrar remedio.

Andrés miró con dureza a Tatiana. Desapareció de sus labios la sonrisa y sus negros ojos llamearon de indignación.

—Perdone que le diga que ésa no era mi obligación—dijo en tono frío y cortante—. Yo sólo soy un guía. Ustedes son científicos—subrayó la palabra—y debían saberlo. Por la cuenta que me tiene, yo, ya sé el remedio.

Curtis se atrevió a insinuar:

—Si usted lo conoce, supongo que los demás nos beneficiaremos de ese... conocimiento.

—Pues supone muy mal, profesor. Yo sólo soy un guía. Les llevaré donde quieran, pero no me hagan más preguntas que no pienso responderlas—y volvió a silbar con despreocupación.

El profesor Duglas intervino:

—Creo, señor Valero, que está llevando demasiado al pie de la letra lo dicho por la profesora Tatiana. Ella al decirle a usted que era sólo un guía...

—Profesor—cortó secamente Andrés—creo conocer perfectamente el idioma y me enteré muy bien de lo que quiso decir la profesora —aquí la miró sonriente—por eso quiero puntualizar ciertos detalles de la cuestión— hizo una pausa espectacular—. Creen que pueden engañarme pero se equivocan. Ustedes son científicos, pero son muy inocentes, Para un tipo como yo, acostumbrado a tratar con toda clase de gentes, tienen el cerebro de cristal. Ustedes van en busca de ciertas minas que el profesor Wanderben encontró en Titán. El mineral que de ellas se extrae debe ser de una gran importancia para la Tierra. Yo lo leí en los ojos del profesor cuando lo encontró, hace de esto varios años, y ahora confirmo mi teoría al verles con todos los pertrechos de minería. Y si esto fuera poco, la jefe de este grupo expedicionario es Tatiana Álvarez, ingeniero de minas. No, no me engañan. Yo sé dónde se encuentran esas minas, pero no pienso decírselo. Ustedes ordenarán y yo obedeceré. Nada más. Un guía es un guía.

Los ojos de los sabios parecieron salirse de sus órbitas, Aquel hombre estaba enterado de muchas cosas. No tendrían más remedio que pactar con él y, pese a no agradarles, tratarle como a un igual.

—Yo creo que...—quiso intervenir conciliador Adam.

—Usted no cree nada—cortó con sequedad Andrés—. Yo sólo soy un guía.

El mayor Brent, hombre de brusco temperamento se cansó de escuchar las cortantes frases de Andrés Valero. Se levantó y se encaró con él rudamente.

—Yo soy el jefe militar de la expedición. La señorita Tatiana sólo tiene el mando científico, pero el buen orden del grupo me está encomendado a mí. Sepa, señor Valero, que usted nos dirá cuántas

cosas de interés sepa en bien de nuestra misión. Si no lo hace, no tendré más remedio que detenerle.

Una sonora carcajada salió de los labios de Andrés Valero.

—¿Ha dicho detenerme? No me haga reír, Mayor. No estamos en la Tierra, vamos en una nave espacial camino hacia Titán. Un satélite que, de entre todos ustedes, sólo yo conozco. Están en mis manos. Yo soy el verdadero jefe de este grupo. Sin mí, son como un ciego sin perro o sin garrota. No, amigos, veo que están en un error. Titán no es lo que se piensan. Allí hay muchas cosas de las que hay que huir si no se quiere dejar uno el pellejo.

—Ese satélite está deshabitado—dijo Morgan.

—Sí, deshabitada por hombres y por animales, pero no por plantas.

—Las plantas nunca...

—No asegure lo que desconoce, profesor Adam. Las plantas de Titán tienen doble vida. Mientras los rayos del Sol alimentan sus hojas, se portan lo mismo que las plantas de la Tierra, pero en el instante en que el Sol se oculta, comienzan a moverse. Sus ramas se alargan, de una manera inverosímil y una serie de luchas atroces se entablan entre ellas. Si por alguna casualidad se encuentra alguno de ustedes en el momento de la pelea puede considerarse hombre muerto. Son terribles.

Tatiana y Ester habían palidecido de terror. Se vieron atrapadas por aquellas extrañas plantas de brazos vivientes.

—Pero... pero...—dijo Ester—. Eso es...

—Pavoroso—afirmó Andrés—. Claro que afortunadamente todo el planeta no está cubierto por esas plantas luchadoras.

Un suspiro de alivio se escapó de todos los pechos. Pero Andrés continuó diciendo:

—Lo malo del caso es que no se sabe dónde se las encontrará y hasta qué distancia llegarán sus ramas. Hay que ir siempre con los ojos muy abiertos.

Tatiana fue a preguntarle algo cuando la aeronave dio una enorme sacudida. Los sabios cayeron cuan largos eran sobre el suelo metálico de la amplia cámara. Andrés se sujetó fuertemente a las paredes para no caer. La luz se apagó y una pertinaz oscuridad se adueñó del ambiente.

—¿Qué sucede?—se oyó preguntar al profesor Curtis.

—¿Qué pasa?—preguntó Adam.

Nadie les respondió. La aeronave iba dando tumbos. Parecía un equilibrista que hubiese perdido el control de sus nervios al pasar por

la cuerda floja. Andrés encendió su encendedor. Una débil luz rasgó las tinieblas. En la pantalla del radar no se veía nada. Había dejado de funcionar.

—Algo grave debe ocurrir en el cuadro de mandos—dijo Andrés.

Los sabios, nerviosos, callaban. Tatiana, todavía en el suelo no sabía qué pensar. La puerta de la cámara se abrió produciendo un chirrido metálico. Julio Rincón, con una antorcha eléctrica en la mano, se recortó en la sombra.

—Hemos pasado por una región llena de electricidad de distinto polo al nuestro. Todos los aparatos se nos han estropeado. Vamos sin dirección. No podemos comunicar con la Tierra porque la emisora no funciona. Creo que estamos en un momento de bastante apuro.

—¿Qué haremos?

—Todavía no lo sé, señorita Tatiana. Carlos Ponti está tratando de arreglar la avería, pero me temo que no pueda hacerlo en pleno vuelo.

Un angustioso silencio acogió aquellas palabras.

—¿Qué piensan hacer caso de no poder arreglarlo?

—Lo más conveniente es tratar de aterrizar en cualquier parte. Hemos remontado la órbita de Marte. Estamos en el campo de los asteroides. Es posible que tengamos suerte y veamos alguno de ellos. Si eso sucede tomaremos tierra allí y trataremos de arreglar los instrumentos. Luego... continuaremos el viaje.

Nadie respondió. En el ánimo de todos prendió el miedo. Si no encontraban ese Asteroide, ¿qué harían perdidos en mitad del espacio Sideral sin poder controlar la aeronave?

Y en medio de la tensión y el miedo, se escuchó el silbido despreocupado de Andrés Valero. Aquel hombre desafiaba con la sonrisa en los labios una muerte, casi cierta.

El persistente silbido de Andrés Valero fue la gota de agua que desbordó el repleto vaso del nerviosismo.

—Haga el favor de callar—gritó enfurecido el profesor Duglas—. Es usted un necio inconsciente. ¿Sabe en la situación que nos encontramos? No. Creo que todavía no se ha dado cuenta.

Una risa cínica y burlona brotó de los labios de Andrés.

—Yo creía que sólo tenían miedo a morir los tipos materialistas como yo. Ahora me doy cuenta de que también los científicos tienen miedo a la muerte—y rio a carcajadas.

—¡Cállese!—exclamó Tatiana sin poderse aguantar.

Andrés sonrió en la oscuridad.

—¿Pero de qué tienen miedo? No hay por qué preocuparse. Sólo nos pueden suceder tres cosas. Que encontremos algún planeta o asteroide para aterrizar; que faltos de combustible, nos estrellemos contra algún aerolito o que sin mandos, sin gobierno y sin carga atómica, entremos en órbita de algún planeta, convirtiéndonos en su satélite por los siglos de los siglos. No es mala perspectiva. Total... morir sólo se muere una vez... — y rio su propia gracia.

Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de los científicos. Todos habían pensado lo mismo que Andrés. Era horroroso conocer el final que les esperaba si no encontraban un asteroide. Convertirse en un satélite artificial... Dar vueltas y más vueltas en derredor de un planeta, tenerlo casi al alcance de la mano y no poder llegar a él jamás. Morir de hambre, de desesperación, de consumición... ¡Horrible!

Pero a Andrés Valero no le parecía lo mismo, porque continuó silbando indiferentemente.

CAPÍTULO III

L[image]

a aeronave dejó de dar los peligrosos cabezazos. Cruzaba el espacio con aparente normalidad. Carlos Ponti, el primer piloto, dejó a Julio Rincón encargado de los mandos y fue a la cámara donde estaban los viajeros.

—Señores, no hay que alarmarse. Es cierto que no podemos recobrar el antiguo rumbo y tenemos estropeada la emisora, pero creo, o por lo menos tengo esperanzas de encontrar algún asteroide donde poder hacer escala forzosa.

Los profesores respiraron más tranquilos. Aquellas palabras de ánimo les devolvían las perdidas esperanzas. El profesor Morgan habló casi serenamente:

—Esta zona del espacio está sembrada de pequeños planetas que los antiguos astrónomos bautizaron con el nombre de asteroides o planetoides. Es algo parecido a la Micronesia del Océano Pacífico. Allí se encuentran islas pequeñas a cientos, aquí se hallan esos pequeños astros.

—¿Sabe cuántos hay?—preguntó Curtis.

El astrónomo sonrió con suficiencia.

—Nadie puede asegurarlo a ciencia cierta. Pero pasan de 900 los conocidos y clasificados. El más cercano a la Tierra es Eros. Los de mayor tamaño, Ceres, Astrea, Palas, Vesta, Habe, Iris, Mis, Higia y otros.

—¿Y son muy grandes?—preguntó el Mayor Brent.

—Según a lo que usted llame grandes. Pero...

—Con relación a la Tierra—insistió el Mayor Brent.

—Pues... como le decía, el mayor de todos es Ceres que tiene un diámetro de 850 kilómetros, unas quince veces menor que la Tierra. El volumen, que es donde en verdad se puede dar cuenta de su tamaño, es de trescientos veintidós millones de kilómetros cúbicos, es decir, unas tres, mil cien veces menor que el de la Tierra. ¿Enterado, Mayor?

—Sí—respondió éste.

—Entonces si llegamos a Ceres nuestro peso...

—insinuó el Capitán Saulo.

—Perderá extraordinariamente, aunque nosotros no lo notaremos. Sólo al andar veremos que lo hacemos con mayor facilidad, sin apenas esfuerzo.

Un silencio denso siguió a las palabras del sabio profesor. Fue de nuevo el Mayor Brent el que preguntó:

—¿Habrá atmósfera?

—Es casi seguro que sí—respondió.

En aquel momento Julio Rincón, desde la cabina de mandos gritó con fuerza:

—Carlos. ¡Carlos! ¡Ven!

El primer piloto se marchó precipitadamente.

—Mira, fíjate y verás. Allá a lo lejos se ve brillar un astro.

Carlos se fijó y en efecto. Tras una cortina neblinosa se veía brillar un astro de pequeñas proporciones. Su luz rojiza describía una perfecta circunferencia.

—Es un asteroide. Voy a ver si lo identifico.

—No es necesario que se moleste—dijo la voz del profesor Morgan que había ido a la cabina—es Ceres. Lo reconozco. Muchas veces lo he visto desde mi observatorio.

—¿Entonces?—preguntó el primer piloto.

—Estamos salvados. Si puede aterrizar...

—Puedo...

—Pues hágalo. Ha sido una verdadera suerte. Si llegamos a pasar por aquí unos minutos antes o después no le hubiésemos encontrado.

El piloto asintió en silencio.

—Gracias por sus valiosos informes, profesor. Vaya a la cámara y tranquilice a sus compañeros. Yo le aseguro que todo saldrá bien.

—Así sea, amigo. La vida de todos nosotros depende de la pericia de sus manos.

—Descuide, profesor. Por la cuenta que me tiene...

—Lo supongo—y se fue a la cámara. Cuando sus compañeros le vieron entrar le miraron con ojos interrogantes—. No hay por qué alarmarse—dijo sonriendo—. El planetoide Ceres está a la vista. Dentro de un rato estaremos cómodamente instalados sobre su superficie.

—¡Salvados!—gritó Curtis.

—Sí, amigos, salvados—repitió Adam.

—Gracias al cielo—musitó Tatiana.

—He pasado un rato...—aseguró sonriendo nerviosamente Ester Sanz.

Andrés Valero dejó de silbar y se puso serio. El Profesor Duglas le miró y le dijo irónicamente:

—No parece alegrarse demasiado, señor Valero.

-—Pues... me alegro. Pero no comparto con ustedes ese optimismo tan... bueno... tan óptimo. Puede que lleguemos a Ceres. Pero, ¿me pueden decir qué haremos allí si no podemos arreglar nuestra aeronave?

La pregunta cayó como un jarro de agua fría. Helo la sonrisa en todos los labios. Si no podían hacer funcionar de nuevo la aeronave tendrían que quedarse para el resto de sus vidas en aquel desconocido asteroide. Tatiana miró con rabia a Andrés y exclamó furiosa:

—Es usted horrible. Parece que se complace haciendo daño a sus semejantes.

Andrés soltó una de sus características carcajadas,

—No sea tonta. Piense que yo también correré la misma suerte que los demás. No me hace ninguna gracia pensar lo que pienso, pero tampoco me dejo llevar por tontas alegrías. Miro la realidad. Si mal estamos aquí, mal estaremos en Ceres si nuestra nave queda inservible. Ahora que... hay que correr el riesgo...

* * *

Carlos Ponti se aferró a los mandos con fuerza. Ceres cada vez se encontraba más cerca. Hacía ya unos minutos que se hallaban bajo su poder de atracción. Si todo resultaba bien, el aterrizaje llegaría de un segundo a otro.

Julio Rincón, sin dejar de observar la redondez del pequeño planeta, musitó excitado:

—Se ve una serie de cordilleras bastante elevadas. También veo bosques y hasta un caudaloso río. Todo indica que hay vida. Gracias a Dios que hemos llegado a un lugar tranquilo y hermoso.

Carlos Ponti asintió sin dejar los mandos. Un enorme claro, semejante a una planicie desértica, se extendía bajo la aeronave. Maniobró y fue descendiendo al tiempo que restaba velocidad.

—Ve y diles a nuestros viajeros que se preparen. Voy a descender.

Julio Rincón se acercó a la cámara.

—Señores: cójanse fuertemente en los asideros de las paredes. Vamos a descender. Carlos Ponti está iniciando el aterrizaje.

Los científicos se agarraron con fuerza a los asideros de las paredes metálicas y se sentaron en unos banquillos fuertes y resistentes. La nave perdía altura y velocidad por momentos. Se notaba el enorme esfuerzo que estaba haciendo el primer piloto para gobernarla. Lentamente, blandamente, Carlos Ponti, haciendo gala de una maestría excepcional, llevó a la gigantesca aeronave hasta aquella planicie desértica. Cuando las ruedas pisaron tierra firme, se notó una sacudida en la cámara metálica. Julio Rincón anunció sonriente:

—Carlos termina de llegar a Ceres.

Todavía no lo había terminado de decir, cuando la nave se quedó inmóvil. Sonriente apareció Carlos.

—Ya hemos llegado. Creo que todo ha resultado mucho mejor de lo que esperábamos.

—Así es—dijo sonriendo ampliamente Tatiana— gracias a ustedes podemos consideramos a salvo. Y ahora, amigos... debíamos descender

y tratar de arreglar lo antes posible las averías. ¿No les parece?

Todos asintieron.

Segundos después los terrícolas posaban sus plantas en el mayor de los asteroides conocidos.

* * *

Tras unas horas de incesantes trabajos, Carlos Ponti y Julio Rincón se acercaron a Tatiana que, a la sombra de un alto y frondoso árbol descansaba junto con los demás expedicionarios.

—La avería presenta una serie de complicaciones que sólo un mecánico experimentado podría tratar de arreglar. Tanto Julio como yo somos pilotos, pero no conocemos demasiada mecánica.

Tatiana recordó en aquel instante que Andrés Valero era un excelente mecánico, un buen especialista en materia de aeronaves. Por lo menos así lo calificaba el profesor Wanderben en sus memorias y el profesor no era de los que acostumbraban a ensalzar las virtudes de los demás. Se volvió hacia él para decirle:

—Señor Valero, según tengo entendido, usted es un magnífico mecánico. ¿Por qué no echa un vistazo?

Andrés sonrió irónicamente.

—Yo sólo soy un guía en la expedición. No puedo meterme en asuntos que no son de mi incumbencia.

Todos los ojos se posaron en su persona.

—Pero...—comenzó a decir el profesor Curtis.

—¡Es usted un monstruo sin entrañas!—silabeó Morgan.

—¿Será capaz de no mirar la avería?—preguntó iracundo el Mayor.

—Señores—la voz fría y autoritaria de Andrés Valero cortó todos los comentarios—: Creo que no recuerdan bien las cosas que me han dicho durante la travesía. Si he venido con ustedes no ha sido por el gusto de que les acompañase sino porque necesitaban de mis servicios como guía. Así me lo han repetido varias veces. ¿Por qué pues tengo que salvarles ahora? No, amigos. Cada cual que cumpla con su deber. Yo cumpliré con el mío cuando lleguemos a Titán... si es que alguna vez llegamos.

—Usted no es un hombre, es una hiena—dijo Tatiana mordiendo las palabras.

El Mayor Brent, con rápido movimiento sacó la pistola de carga masiva que pendía de su cinto.

—Andrés Valero—dijo apuntándole fríamente—ya me he cansado

de sus burlas y sus asperezas. O arregla usted la aeronave por las buenas o lo hará por las malas.

Andrés miró la pistola y en vez de palidecer soltó una alegre carcajada. Parecía que aquello le estaba divirtiendo horrores.

—No sea necio, Mayor—dijo después de reírse—. La única oportunidad que tienen de salir de este maldito agujero es conservándome vivito y coleando. Sólo yo puedo arreglar la aeronave. Sé lo que tiene, lo supe desde el primer momento. Si me mata… se quedarán aquí… para toda la eternidad—. Y muy seguro de sí mismo dio media vuelta y se alejó a paso lento y tranquilo Los demás le miraban sin dar crédito a lo que estaban viendo y escuchando. Cuando estuvo a unos metros de distancia se volvió para decirles—: Yo no tengo ninguna prisa por salir de aquí. Por lo poco que he visto de este planeta, deduzco que será muy interesante explorarlo. Cuando me haya saturado bien de toda su belleza… entonces… arreglaré la aeronave… si de aquí allá no cambio de opinión.

Y les volvió de nuevo la espalda y prosiguió su pausado paseo.

El Mayor se quedó con la pistola en la mano, mudo por el asombro y en ridícula postura. Al darse cuenta de ello se apresuró a esconderse el arma en la pistolera del cinto.

—Estamos en las manos de ese hombre—dijo lentamente el profesor Adam—yo creo que debemos ser simpáticos y hasta agradables con él.

—¡Nunca!—gritó el mayor—. Nunca me será simpático un tipo como ése. Es… abominable.

—Mayor—la voz lenta y persuasiva del profesor Duglas se dejó oír—estoy de acuerdo con el señor Adam. Mostrándonos fríos e intransigentes nada ganaremos. Ese hombre se ha visto menospreciado por nuestra actitud y ahora desea vengarse. No tuvimos tacto al tratarle. Sólo vimos en él a un presidiario y le apartamos deliberadamente de nuestro lado, como si su presencia pudiera manchar nuestro prestigio. El que no tiene nada de tonto, vio nuestras claras muestras de superioridad y desea hacer sentir el peso de su importancia. Su reacción es comprensible y muy humana.

—Jamás pude imaginar que usted justificase a ese… bueno, al señor Valero—musitó agriamente Curtis.

El profesor Duglas sonrió.

—En una ocasión me contaron una anécdota que es bastante conocida. Un sabio solicitó los servicios de un barquero para que le trasladase de una orilla a otra de un extenso y profundo lago. El barquero accedió y ya en plena travesía, el sabio comenzó a preguntarle cosas al barquero: « ¿Sabe usted leer?». El hombre sin

dejar de remar le contestó: «No». El sabio exclamó indignado: «Pues ha perdido usted la mitad de su vida». En aquel momento una inesperada corriente arrastró la barca volcándola. El barquero preguntó alarmado: «¿Sabe usted nadar?». «No», respondió el sabio, y el barquero respondió socarronamente: «Pues ha perdido usted toda la vida». Algo muy parecido nos puede decir el señor Valero a nosotros. Somos todos unos científicos, como tales, le despreciamos, y hasta nos ensañamos con él. Pero ahora le necesitamos y en vez de humillarnos, continuamos aferrados a nuestra necia y estúpida superioridad.

Tatiana reconoció la verdad de las palabras del profesor Duglas.

—Sí, creo que nos hemos excedido. Pero hay que tener presente que el señor Valero es un cínico y un fresco.

—Eso es aparte. ¿Pero le necesitamos? —Sí,

—Eso es pues lo que debemos pensar.

—¿Y cómo le haremos variar de opinión?

—Eso es usted, Tatiana, la que debe de intentarlo—dijo Curtis.

—¿Yo? ¿Y por qué?—preguntó la joven extrañada.

El geólogo murmuró sonriente.

—Por dos razones de peso. Primero porque es usted la jefe de esta expedición y segunde porque… en el hall del aeropuerto el señor Valero le habló muy amigablemente…

Tatiana enrojeció de rabia.

—Señor Curtis—su voz parecía un puñal de cortante acero—. Ninguna de las razones expuestas tiene valor. Primero porque yo soy la jefe de los estudios que realicemos en Titán y, que yo sepa, todavía no hemos llegado a ese satélite, y segundo, porque entre el señor Valero y yo no existe ninguna amistad.

El profesor Curtis fue a contestar pero se lo impidió la voz de Carlos Ponti.

—Señores; —dijo serenamente-—creo que estamos perdiendo un tiempo precioso. El señor Valero ha dicho que arreglará la aeronave cuando haya explorado este planetoide, pues bien, sugiero que lo exploremos cuanto antes. Así no tendrá ninguna excusa que darnos.

—Muy bien dicho, muchacho.

Todos se volvieron y vieron aparecer de nuevo a Andrés Valero con su perenne sonrisa entre los labios. Se había quitado el gorro del uniforme astronáutico y el pelo negro y rizado le caía sobre la frente.

Todos se volvieron pero nadie se atrevió a decir nada. Andrés Valero respiró profundamente para decir:

—Ceres es un lugar maravilloso. ¿No se han dado cuenta? No hay

policías, ni cárceles, ni jueces. Aquí se respira la auténtica libertad — despreocupadamente se sentó en el suelo.

Tatiana sintió sobre ella la mirada de todos sus compañeros. Enrojeció un poco, pero haciendo un gran esfuerzo logró dar un paso hacia Andrés y articuló:

—Señor Valero, en mi nombre y en el de todos los del grupo le pedimos perdón por nuestro comportamiento respecto a usted. Creo que sabrá perdonarnos y... no nos guardará rencor...

Andrés mutó con la mano el mechón de rizado cabello que le caía sobre la frente y sonrió alegremente.

—Están todos perdonados. Pero creo que ese pequeño y elocuente discursito debió decirlo en otras circunstancias. Ahora no me ha conmovido, la verdad. Ha sonado a falso en mis oídos... Pero no teman. Saldremos de aquí... cuando hayamos visto todo lo que hay en Ceres. Esta es mi última palabra.

Nadie respondió. Allí, Andrés Valero era el rey. Todos dependían de sus decisiones. Bajaron la cabeza humillados y esperaron que Andrés diese las órdenes.

Tanto el mayor como el Capitán Saulo hacían esfuerzos sobrehumanos para no dejar al descubierto su rabia; el profesor Duglas, sonreía tristemente. La situación no dejaba de tener gracia. Un grupo de científicos en manos de un presidiario cínico... y cachazudo; Adam era el más tranquilo de todos, no así Curtis que se le veía nervioso y malhumorado. Los dos pilotos, miraban con rabia a aquel hombre que demostraba poseer una sangre fría y un gran dominio sobre sí mismo. Ester, más calma, esperaba que Andrés reaccionase de pronto y arreglase la aeronave; Tatiana, sintiendo sobre sus hombros la responsabilidad de la expedición, rogaba en silencio para que ocurriese algún milagro.

CAPÍTULO IV

L[image]

os astronautas cogieron sus mochilas, repletas de armas, utensilios de trabajo, herramientas, tiendas de campaña y demás pertrechos y se alejaron de la aeronave.

La planicie desértica no era demasiado grande. Terminaba en un promontorio arenoso muy semejante a las dunas saharianas. Desde la cumbre, los expedicionarios pudieron contemplar un paisaje maravilloso. La más fértil imaginación humana hubiera sido incapaz de describirlo. Una inmensa llanada cubierta de arbustos cuajados de flores de mil colores distintos. De vez en vez la sabana polícroma y perfumada rompía su monotonía elevando hacia un cielo despejado las copas de altísimos árboles repletos de frutos extraños.

El profesor Morgan exclamó entusiasmado:

—Nunca había contemplado nada tan hermoso. Este asteroide responde perfectamente a su nombre: Ceres. Parece cosa de brujería. Hace ahora más de mil años, precisamente en el 1801 un sabio astrónomo de aquella lejana época, trabajando en su observatorio descubrió por vez primera este planetoide y lo bautizó con el nombre de Ceres, la diosa de los campos. Si él hubiese sospechado que en realidad era así... Pero no, él no podía imaginar que aquel astro por él bautizado sería un verdadero paraíso para las plantas. Estoy por asegurar que si así como los vegetales no tienen alma, la tuviesen, este lugar sería su cielo.

Ninguno de los compañeros del astrónomo le contestó. Estaban demasiado impresionados por la belleza de aquella vasta llanura.

Tatiana miró con el rabillo del ojo a Andrés Valero. Su rostro moreno estaba serio. Había desaparecido la sonrisa cínica de sus labios y en sus ojos negros y ardientes se veía una extraña luz. Tatiana creyó descubrir en ellos una intensa emoción. ¿Sería posible que aquel hombre cínico y cáustico sintiese latir su corazón ante el espectáculo maravilloso de la Naturaleza? ¿Sería en realidad un cínico o sólo se presentaba así ante ellos? Quizás fuese un hombre enamorado de los campos, un ser sensible y dulce, un romántico. Y la fértil imaginación de Tatiana se detuvo a llenar de virtudes el alma de Andrés Valero.

—Vamos—dijo el joven en tono imperativo— no vamos a pasarnos la vida aquí parados.

La sequedad y la frialdad de su voz, volvieron a la realidad a Tatiana. Sonrió tristemente. No, no era ningún romántico. Continuaba el mismo cínico de siempre. El hombre que salió de la prisión para acompañarles en aquel viaje.

Los astronautas se pusieron en movimiento.

Antes de llegar a la llanura, Curtis exclamó:

—Miren, miren, ¡hacia la derecha!

Todos volvieron los ojos hacia donde señalaba el geólogo. Un montículo se elevaba tras unos árboles gigantescos. Nada hubiese tenido de particular el monte si éste no hubiera brillado con luz

cegadora.

—Es maravilloso—gritó Morgan.

—Más que maravilloso, fantástico—dijo Duglas.

—¿Vamos a verlo?—propuso el Mayor Brent.

Nadie respondió a su pregunta. Todos los ojos se volvieron hacia Andrés Valero. Este respondió:

—Vamos. No perderemos nada yendo hacia allí.

A paso rápido los expedicionarios se encaminaron hacia el monte brillante. A medida que se acercaban pudieron distinguir que tenía un color amarillento, semejante a la paja del trigo maduro.

—Si no fuera porque me parece imposible diría que ese monte es de oro puro—dijo Duglas.

Tatiana ya lo había pensado, pero desechó la idea. Curtis, el famoso geólogo, afirmó:

—No es tan descabellada la suposición. Es posible que sea oro u otra clase de metal desconocido.

Ester palmoteo.

—Si fuera oro... qué alegría...

Andrés respondió desabridamente:

—Si fuera oro, ¿para qué lo querría? Aquí no se puede gastar en nada. No existen grandes almacenes ni hay modelos de París. Si este monte es de oro, para nosotros tiene la misma utilidad que si fuera de piedra.

La muchacha enrojeció y bajó la cabeza. El mayor contestó iracundo:

—¿No puede ser más delicado con las damas?

—Sí, si no dicen tonterías.

—No son tonterías, si fuese oro a todos nos agradaría. Sería un descubrimiento magnífico.

—¿Para quién?—preguntó irónicamente—. No, no se haga ilusiones.

Y en dos zancadas se puso a la cabeza del grupo. El mayor Brent murmuró por lo bajo:

—Si alguna vez tengo la suerte de encontrarme en la Tierra te haré pagar cara tu osadía, ¡maldito!

Andrés sonrió al tiempo que se volvía:

—Mayor, cuando tenga que maldecirme hágalo en su pensamiento, pero no pronuncie las palabras. Tengo un oído finísimo.

El militar palideció. Todos los demás le miraron y agacharon la

cabeza.

No tardaron demasiado en llegar al monte. Curtis cogió un pedrusco y cuando lo tuvo en la mano exclamó sin poderse casi contener: ¡Oro!

Los astronautas ante lo mágico de la palabra, dejaron caer sus mochilas y comenzaron a recoger piedras y más piedras, que no eran otra rosa que enormes pepitas del precioso metal.

—¡Oro!—exclamaban al tiempo que reían y cantaban.

El único que permanecía quieto, sin apenas inmutarse era Andrés Valero. Tatiana junto a él también presenciaba la escena silenciosa.

—Señor Valero, ¡señor Valero!—la voz del profesor Morgan entrecortada por la emoción que sentía, llegó hasta el joven—. Tiene que arreglar la aeronave. Es preciso. Aquí hay una considerable fortuna, una inmensa riqueza y es nuestra. ¡Nuestra!

Andrés sonreía con tristeza.

—No sean niños. Eso es oro, somos muy ricos, pero de poco nos servirá si no podemos salir de aquí.

—Pero usted dijo... Sí, usted lo dijo. No se puede volver atrás ahora. Usted dijo que podía arreglar la aeronave—-el grito había partido de Carlos Ponti, el primer piloto.

—Sí, lo dijo—afirmó Julio Rincón.

—Claro que lo dijo. Todos lo oímos—aseguró el Capitán Saulo.

Y una enorme gritería se elevó en aquel paraje solitario. Andrés Valero elevó la voz e impuso silencio:

—¡Cállense! Parecen unos niños a quien se les ha regalado un juguete nuevo. Arreglaré esa aeronave, pero cuando lo crea oportuno, antes no. Y ahora recréense como el avaro contemplando su riqueza.

Nadie le contestó. Era demasiada la alegría que sentían para estar tristes. Andrés arreglaría la aeronave. ¿Qué más podían pedir?

Tatiana lentamente se acercó a Andrés.

—¿A usted no le enloquece el oro?—preguntóle irónicamente.

—No—respondió la muchacha—me enloquece más el saberme en sus manos y no poder hacer nada para librarme de esta pesadilla.

—¿Tan malo te parezco, muñeca?

Tatiana sintió como una punzada en el corazón. Le había llamado de nuevo «muñeca» y la tuteó. Le agradaban poco aquellas libertades… pero mucho más que la fría y correcta indiferencia con que la había tratado durante la travesía.

—No me parece malo, Andrés—dijo Tatiana dejando en el rincón del olvido el frío «señor Valero»—pero sí un poco loco, y un tanto

inconsciente.

Andrés rio contento.

—¿Loco, inconsciente? ¿Por qué, muñeca?

—Por muchas razones. Estamos en un lugar desconocido. No sabemos nada de él. Lo mismo puede estar habitado por seres monstruosos como puede…

—No vivir nadie—cortó Andrés.

—Sí, en efecto. Pero tampoco sabemos si esta atmósfera será beneficiosa o perjudicial a nuestro organismo. Y otra cosa. ¿Puede usted saber si caerá enfermo?

—¿Enfermo?—preguntó extrañado Andrés.

—-Sí, puede suceder, cabe en lo posible. Usted es el único que conoce la avería de la aeronave, el único que puede arreglarla, si por alguna de aquellas enfermara o muriera… ¿qué sería de nosotros? ¿Lo ha pensado?

—Confieso que no—dijo seriamente.

—Pues debe hacerlo. Sería horrible para todos nosotros. ¿No lo comprende?

—Sí, creo que sí. Pero… dime, preciosa. ¿Tanto miedo te da morir?

Tatiana tardó un segundo en responder.

—No. No le temo a la muerte. Sé que un día u otro tendrá que llegar, pero me agradaría morirme después de haber dejado algo mío sobre la Tierra.

—¿Algún libro?

Tatiana rio alegremente.

—No, libros ya tengo unos cuantos escritos. Me refería a los hijos.

Andrés la miró detenidamente. Sus labios dejaron de sonreír y sus ojos brillaron intensamente.

—¿Eres casada?

—Todavía no. Pero pienso hacerlo.

—¿Estás prometida?

Tatiana se divertía con aquellas preguntas.

—No. No lo estoy.

—¿Entonces?

—Todavía soy joven. Si regreso a la Tierra, pienso prometerme y casarme.

Andrés bajó la cabeza, le dio un formidable puntapié a una pepita de oro y murmuró:

—Yo siempre había creído que las mujeres que os dedicáis a los estudios no os gustaba el hogar ni los hijos.

—Pues está en un error. A mí me gustan los niños con locura.

Andrés fue a responderle pero no pudo hacerlo. Ester acompañada del Mayor Brent se acercaron a ellos.

—¿Pero es que ustedes no recogen ninguna pepita ?

— ¿Para qué? — contestó Andrés desabridamente—. Cuando llegue el momento ya lo haremos. Además, tenga presente que no podrá cargar mucho. La aeronave ya lleva un peso excesivo.

El Mayor abrió la boca asombrado.

Morgan llegaba corriendo.

—Señor Valero. Debemos preparar el campamento. Si no me equivoco, muy pronto se hará de noche.

Y no se equivocaba el astrónomo. El sol se ocultaba arrancando reflejos inusitados de aquel monte de oro. Andrés dio la orden de descanso y con rapidez se fueron preparando las tiendas de campaña.

—Debemos acostarnos todos y procurar dormir. Estamos cansados del viaje y de las emociones sufridas. Mañana puede que necesitemos de todo nuestro vigor físico. Buenas noches.

Y sin dar tiempo a que le respondieran, Andrés Valero se acostó en su tienda de campaña. No pudo conciliar el sueño. Pensaba en Tatiana. Era hermosa y dulce. Desde el primer momento que la vio en la prisión se sintió atraído por su belleza.

Por su parte, Tatiana también pensaba en Andrés y una sonrisa llena de ternura plegaba sus labios.

—No es tan malo como aparenta. Bajo su corteza fría y cínica se esconde un corazón sensible y bueno. Pero... ¿por qué estaba en presidio? Y esa pregunta la tuvo desvelaba durante algunas horas...

* * *

A la mañana siguiente Andrés Valero se levantó temprano. Todavía nadie había salido de sus tiendas. Poco a poco fueron haciendo su aparición.

—Buenos días—dijo el Profesor Duglas.

—Buenos días—respondió Andrés—. He estado buscando agua, para lavarme y he encontrado un pequeño arroyuelo muy cerca de aquí. Si lo desea le puedo acompañar.

—Muchas gracias. Pero creo que es mejor que esperemos a los demás. ¿No le parece?

—Como quiera.

—Los demás, como había dicho el profesor Duglas, no tardaron en aparecer.

Todos juntos y guiados por Andrés Valero fueron al arroyo. Después de lavarse volvieron al campamento.

—Voy a preparar el desayuno—dijo Ester.

—Yo la ayudaré—se ofreció Tatiana.

Fue en aquel instante cuando el capitán Saulo preguntó:

—¿Han visto ustedes al Mayor Brent?

Todos se miraron interrogantemente.

—No—dijo Duglas—no le he visto.

—Ni yo—dijo Curtis.

—Ni nosotros—afirmaron los pilotos.

—Yo me he levantado el primero y no le he visto—dijo Andrés—quizás todavía esté en su tienda.

—No, no está—dijo el capitán—ya lo he mirado.

Un silencio hondo y denso siguió a aquellas palabras.

—No debe estar muy lejos—dijo Adam—. Ya verán como aparece de un momento a otro.

Pero Andrés se había levantado y dijo fríamente:

—No me gusta esto. No sé si el Mayor se habrá marchado o no. Pero de ahora en adelante el que quiera alejarse del campamento me lo deberá comunicar. No estoy dispuesto a consentir estas tonterías.

—Pero... si...

—Cállese, capitán Saulo. Aquí mando yo. Vamos a buscarle.

—¿No cree, señor Valero, que se preocupa por bien poco?—dijo Curtis.

—No sé si es por poco o por mucho. Cuando me responda a estas preguntas entonces podré contestarle. ¿Sabe usted si Ceres está habitado? ¿Sabe qué clase de animales lo pueblan? ¿Son feroces o por el contrario son unos buenos chicos? ¿Me puede responder... señor Curtis?

El geólogo se sonrojó.

—No, confieso que no.

—Pues yo tampoco. Así es que cojamos nuestras armas y vayamos en busca del mayor Brent.

Nadie se opuso. Las muchachas dejaron los preparativos del desayuno y cogieron una pistola de rayos masivos. Los hombres hicieron lo propio.

Andrés se puso en cabeza. Iba mirando el suelo. Tras un detenido examen dijo:

—Por aquí hemos ido nosotros. Por este trecho veo las huellas de sus botas. Sigámoslas.

La comitiva se puso en movimiento. Las huellas de las botas del mayor Brent cada vez eran menos perceptibles. Pero Andrés como guiado por un sexto sentido avanzaba silencioso e imperturbable. Sus labios no sonreían y sus ojos no se burlaban de nadie.

Dieron la vuelta al monte. No hallaron rastro de nada. Curtis se separó del grupo para ver la entrada de una pequeña caverna dorada. Cuando estuvo cerca de la hendidura lanzó un grito agudo:

—¡Aquí!

Todos se volvieron y corrieron hacia Curtis. El primero en llegar fue Andrés. El espectáculo que se le ofreció a la vista era horroroso. El mayor Brent yacía estrangulado en el suelo. Sus ropas habían sido desgarradas y aparecía semidesnudo.

Rápidamente Andrés gritó:

—¡Tatiana! ¡Ester! Deténganse.

Las muchachas obedecieron.

Cuando los científicos llegaron al lugar y vieron el macabro panorama, sintieron que les corría un extraño hormigueo por la columna vertebral.

—Profesor Duglas, llévese a las muchachas al campamento. Nosotros daremos sepultura al Mayor.

El profesor asintió con la cabeza.

Y mientras abrían una honda fosa, Andrés Valero no cesaba de pensar. ¿Quién habría matado al Mayor? ¿Por qué lo habían matado? ¿Había habitantes en Ceres? ¿Cómo serían?

Y los interrogantes se clavaban en el cerebro del joven llenándolo de mil dudas, de mil cavilaciones.

CAPÍTULO V

En el campamento terrícola nadie osaba hablar. Todos estaban silenciosos, cabizbajos, pensativos, preocupados. Los hombres se paseaban nerviosos, Tatiana, sentada en una pequeña banqueta de campaña, repletos de lágrimas los ojos, miraba, sin ver, el cielo azul turquesa de Ceres mientras que Ester Sanz, junto a su tienda de

campaña, zollipaba histéricamente.

El capitán Saulo se enfrentó agriamente con Andrés Valero.

—De esta muerte responderá usted en la Tierra cuando lleguemos, señor Valero. Usted ha sido el culpable. Si hubiese arreglado la aeronave, a estas horas el Mayor estaría vivo.

Andrés le miró compasivamente. Luego habló arrastrando las palabras:

—Señores, debemos aclarar ciertos puntos ya que los acontecimientos se han ido complicando.

Todos dejaron de pasear y se reunieron junto a Andrés.

—Sí, señor Valero—dijo Morgan, el astrónomo—debemos aclarar ciertos puntos.

—Si me opuse a arreglar la aeronave, no fue por un simple y tonto capricho. Habíamos llegado a un planetoide completamente inexplorado y nuestro deber era arrancarle sus secretos en beneficio de nuestro Planeta. Ustedes no estaban dispuestos a ello, tenían una misión que cumplir y sólo deseaban llevarla a término. Ahora, bien, por culpa de mi…, cabezonería ha muerto uno de nuestros compañeros y yo les pregunto: ¿Debemos marchamos de aquí sin saber quién ha matado al mayor Brent, o por el contrario es deber nuestro desentrañar el misterio que se esconde tras esa muerte? ¿Debemos huir de Ceres sin saber lo que Ceres esconde? Respondan a esas preguntas, lo que decidan… haremos.

Un hondo silencio acogió las palabras de Andrés Valero. Los terrícolas se miraron unos a otros. Nadie osaba dar su opinión. Por fin fue el profesor Duglas el que dijo:

—Mi opinión es que nos quedemos hasta haber descubierto todo cuanto en derredor a la muerte del mayor Brent se esconde a nuestros ojos.

—Mi opinión es contraria—gritó nervioso el profesor Curtis—. Aquí en Ceres no tenemos nada que hacer. ¡Marchémonos!

—Estoy con el profesor Curtis—afirmó Carlos Ponti, el primer piloto.

—Y yo—dijo rápidamente Julio Rincón.

—Pues… temo desilusionarles, señores, pero yo creo que el profesor Duglas ha hablado con mucho sentido común. ¿Cómo nos vamos a marchar sin saber quién ha matado al mayor Brent? —aquí Adam hizo una pausa—. ¿Cuál sería nuestra justificación ante el Estado Mayor de la Tierra? ¿Qué diríamos? «Señores, por una avería llegamos a Ceres. Allí no sabemos quién ni cómo, alguien, que desconocemos, mató al mayor Brent y nosotros, llenos de miedo,

arreglamos nuestra nave y nos marchamos». ¿No comprenden que eso es absurdo?

Morgan miró a su compañero para decirle:

—Es absurdo, pero...

—Pero no es misión nuestra el quedarnos —cortó imperativamente el capitán Saulo.

Tatiana, que había permanecido callada durante la discusión, se levantó de la banqueta y acercándose al grupo habló enérgicamente:

—Nos quedaremos. Yo soy la jefe de esta expedición, toda la responsabilidad recae sobre mis hombros y no quiero cuando vuelva, si es que vuelvo alguna vez a la Tierra, puedan decir que por cobardía dejé sin desentrañar un misterio que a veces tiene muchísima más importancia de lo que podamos sospechar. Por eso les digo que nos quedaremos—. Luego se volvió a Andrés Valero para decirle—: Señor Valero, usted arreglará esa aeronave cuando yo se lo ordene, no antes. ¿Está de acuerdo?

Andrés sonrió ampliamente. Admiró la energía de Tatiana y contestó:

—Estoy a sus órdenes.

El profesor Curtis enrojeció. Abrió dos o tres veces la boca sin poder articular palabra. Luego y tras un ímprobo esfuerzo, su garganta flauteó:

—No creo que tenga usted ninguna autoridad para decidir por sí sola, Tatiana. Debemos hacerlo a votación.

Tatiana miró el rostro de sus compañeros y después sus ojos se posaron en las oscuras pupilas de Andrés. En ellas leyó que debía hacer lo que había propuesto el profesor Curtis.

—Está bien. Lo haremos a votación. Los que quieran marcharse que levanten el brazo, los que deseen quedarse que permanezcan como están.

El profesor Curtis se apresuró a levantar el brazo. El capitán Saulo también lo elevó. Los pilotos iban a hacerlo pero se contuvieron. En el último momento reconocieron la razón de los argumentos de Tatiana. Adam, Morgan y Duglas no hicieron mención ni movimiento alguno. El capitán Saulo al verse solo con el profesor Curtis bajó el brazo. Tatiana se volvió hacia Ester que continuaba sollozando.

—Ester, ¿cuál es su opinión?

—Nos quedamos.

Tatiana sonrió. La votación no podía haber resultado mejor. Se encaró con el profesor Curtis.

—Lo siento, amigo. Ya ha visto usted cómo todos coinciden

conmigo.

Curtis rio con risa conejil.

—Debo confesar que estaba equivocado.

—Aclarado este punto pasemos a otro muy importante.— Tatiana se había impuesto—. El mayor Brent ha sido asesinado. ¿Por quién? Esa es la pregunta. Las respuestas pueden ser dos. O Ceres guarda en su seno vida animal y uno de estos animales ha sido el autor, o... el asesino es uno de nosotros.

Todos los ojos recayeron sobre Andrés Valero. Este sonrió.

—Efectivamente, Tatiana, tiene usted razón Pero yo todavía diría más. El Mayor fue sorprendido de improviso. Pese a presentar las ropas desgarradas no hubo lucha. Las ropas se las rasgaron después de muerto.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó el capitán Saulo.

—Sencillamente, porque la pistola del Mayor continuaba en el cinto. Si él se hubiese visto atacado por algún animal extraño, lo natural, lo lógico, es que hubiese hecho uso de la pistola.

Un murmullo de aprobación siguió a las palabras de Andrés. Este continuó:

—De mi deducción se desprenden dos hipótesis. Primera: que el Mayor fue atacado por algún animal de Ceres que tiene la propiedad de caminar sin hacer el menor ruido. Segunda: que el Mayor fue atacado por alguien de su más íntima confianza. Es decir, uno de nosotros.

—No creo que entre nosotros haya un asesino —dijo el capitán Saulo.

—Soy de su opinión—afirmó el profesor Duglas.

—Lo que procede—insinuó Tatiana—es explorar detenidamente todo el planetoide. Hasta ahora no hemos encontrado huellas de animales. Hay que encontrarlas.

—Esa es también mi forma de pensar—dijo Andrés.

Morgan se adelantó un paso.

—Señores, somos diez miembros en la expedición. Propongo que nos dividamos en dos grupos de cinco y que tomemos direcciones distintas. ¿Les parece?

—Es una buena idea—aprobó Adam.

—También lo creo así—-dijo Duglas.

—-Yo también acepto esa sugerencia—afirmó Tatiana—. Ahora procede a formar esos grupos.

—No creo que eso tenga ninguna dificultad —dijo Julio Rincón.

—No, no la tiene—aseguró Carlos Ponti—. Que la señorita Tatiana los designe y asunto concluido.

Tatiana miró uno a uno a sus compañeros y al fin dijo:

—Un grupo puede estar formado por Carlos Ponti, Julio Rincón, el profesor Curtis, el capitán Saulo y Ester. El otro por los profesores Morgan, Adams, Duglas, el señor Valero y yo. ¿Están conformes?

—Sí—respondieron al unísono.

—Pues recojamos todo el material y a la tarea. El primero que encuentre huellas fidedignas de esos animales hipotéticos, que dispare tres veces su pistola. Así podremos reunirnos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Usted, capitán Saulo, como militar, debe hacerse cargo de la jefatura de su grupo.

—Así lo haré.

Minutos más tarde se había levantado todo el campamento y cada uno de los terrícolas llevaba sobre sus espaldas la gran mochila que gracias al poco volumen de Ceres, y por lo tanto su exigua atracción, su peso era irrisorio.

Se dieron la mano los expedicionarios y se desearon suerte. Cada uno de los grupos tomó direcciones distintas. El capitaneado por Saulo se fue hacia el Sur y el de Tatiana hacia el Norte.

* * *

Cinco días llevaban explorando sin haber encontrado nada digno de mención. Tatiana estaba desesperada. Andrés Valero había dejado de sonreír irónicamente. Ahora una arruga plegaba su frente.

—Si continuamos así no tendré más remedio que pensar en lo peor—decía Tatiana en aquel momento a Andrés Valero. Los tres profesores habían ido a explorar un pequeño bosque de arbustos floreados.

—Aparta esas ideas de la cabeza. Al mayor no pudo matarlo uno de nosotros. ¿Para qué? ¿Qué beneficios le reportaba?

—Qué sé yo. Es algo que no puedo comprender y me vuelve loca. Aquella montaña de oro pudo trastornar el cerebro de alguno de nosotros y... llevarle a cometer ese asesinato.

Andrés quedó silencioso. Muchas veces durante aquellos cinco días había pensado lo mismo que Tatiana le estaba diciendo. Pero lo apartaba rápidamente de su mente. No quería, no podía aceptar, al menos sin lucha por su parte, que alguno de aquellos hombres fuese un asesino. Pero si no lo habían hecho ellos, ¿quién podía ser? En Ceres no se veían huellas de animales. Sólo plantas y más plantas.

Andrés se dio una palmada en la frente. ¿Y si fueran las plantas? ¿Por qué no? En Titán él había visto vegetales que alargaban las ramas y luchaban entre ellos. ¿No podría haber en Ceres alguna variedad de vegetales que tuviese la propiedad de trepar y hasta desplazarse de lugar? Todo ello era inverosímil, de acuerdo, pero no imposible.

Excitado se lo comunicó a Tatiana. La muchacha le escuchó con gesto de preocupación.

—No es difícil lo que dices. Pero... ¿no hemos visto esas plantas? ¿Dónde se esconden?

—No lo sé. Pero debes tener presente que nosotros nada más se hace de noche nos metemos en nuestras tiendas de campaña. Quizás esas plantas sean noctámbulas.

La muchacha pensó en silencio. Luego se levantó.

—Lo cierto es que estamos en un mundo extraño.

—Si quieres podemos dejar de buscar y...

—No, Andrés. Seguiremos hasta el final. Hay que desentrañar el misterio.

Poco a poco fue llegando la noche. Cuando las primeras sombras cubrieron la faz de Ceres, los profesores regresaron al campamento.

—Nada—dijo Duglas—no hemos encontrado nada. Es desesperante.

Andrés Valero les informó de sus pensamientos y de su nueva hipótesis.

—Puede que tenga usted razón, señor Valero —dijo Morgan—. Debemos montar la guardia.

—Es lo mejor. ¿Quién quiere ser el primero? —preguntó Andrés.

—Yo, si no tienen ningún inconveniente—dijo Duglas.

—Ninguno—afirmó Andrés—. Usted Duglas el primero; el señor Morgan el segundo, yo el tercero y el señor Adam el cuarto. ¿Está claro?

—¿Y yo?—preguntó Tatiana.

—Usted a descansar—sonrió bonachonamente Duglas.

Se levantaron las tiendas de campaña y se dispusieron a acostarse. Duglas, montó su pistola y se dedicó a pasear por los alrededores con los ojos atentos a los más insignificantes movimientos de las plantas. Un vientecillo fresco se levantó de pronto. Duglas tuvo que levantarse el cuello de la pelliza.

Y así fueron pasando los minutos y las horas. Casi aterido por el frío reinante, Duglas fue relevado por el profesor Morgan.

—Váyase a la cama—dijo el astrónomo—. Ya me toca el turno.

—No ha habido ninguna novedad. Todo está en silencio y quieto.

—Está bien.

Duglas se acostó en su tienda. Se había desvelado. No podía conciliar el sueño. Mil ideas le llenaban la mente. Todo aquello resultaba extraño y raro. El rostro descompuesto del mayor Brent no se separaba ni un instante de su cerebro. Le veía muerto, estrangulado de una manera salvaje, brutal.

Poco a poco el calorcillo de las mantas le hizo entrar en una especie de sopor, de amodorramiento. Minutos más tarde dormía plácidamente.

Cuando Andrés se despertó, miró la hora en su reloj electrónico y se levantó prestamente. Hacía rato que debía haber relevado al profesor Morgan. Cogió su pistola, la montó y salió de la tienda de campaña.

—Profesor, ¡profesor!—llamó quedamente—. ¡Profesor!—nadie respondió a su llamada.

Andrés comenzó a buscarle. Tras una pequeña roca, donde quizás se hubiera sentado, lo encontró. Tuvo que reprimir un grito de angustia. El profesor Morgan estaba tendido en el suelo con las ropas destrozadas y pon la garganta destrozada. ¡Estaba muerto!

Andrés Valero, cuando se repuso, se acercó al cadáver. Lo miró detenidamente. Después comenzó a estudiar el terreno. No había huellas de pasos y eso que el suelo era blando y polvoriento. Sólo descubrió como una marca de un gusano al arrastrarse por el suelo.

Se separó lentamente y llegó hasta la tienda del profesor Duglas.

—¡Profesor! ¡Profesor!—llamó.

Duglas se despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede ?—preguntó incorporándose.

—Morgan ha sido estrangulado.

Todavía entre las marañas del sueño. Duglas dio un salto.

—¿Qué?

—Lo que ha oído. Morgan presenta las mismas señales que el mayor Brent. Ha sido asesinado de la misma forma.

Duglas se levantó rápidamente y salió de la tienda acompañado de Andrés.

—¿Dónde está?

—Allá, tras aquella pequeña roca.

Cuando Duglas vio a su compañero no pudo reprimir una lágrima de dolor. Habían sido condiscípulos y se querían entrañablemente.

—¿En su turno no ha visto usted nada anormal?—preguntó

Andrés.

Duglas denegó con la cabeza.

—No. Nada. ¡Nada!—gritó desesperadamente.

El grito de Duglas despertó a Tatiana y a Adam que se levantaron y salieron de sus tiendas.

—¿Qué sucede?—preguntó la joven al ver a los dos hombres reunidos.

Andrés la miró.

—El profesor Morgan ha muerto—lo dijo lentamente, dolorosamente. La muchacha lanzó un grito y Adam se precipitó hacia ellos. Al ver a Morgan caído, se quedó paralizado.

—¡Es de locura, de locura!—musitó Tatiana sollozando.

Andrés se acercó a ella y cariñosamente la cogió del brazo.

—Ve, ve a tu tienda. No salgas de ella.

—Pero es...

—Por favor, Tatiana, haz lo que te digo.

La muchacha obedeció.

—No podemos continuar así—dijo Adam—. Vamos a morir todos a manos de... de... ese asesino,

—Pero, ¿quién es? ¿Dónde se esconde?—gritó fuera de sí Duglas.

El único que no había perdido la serenidad era Andrés Valero. Por eso su voz impuso silencio.

—No debemos dejarnos llevar por el dolor. Tenemos que averiguar quién se esconde tras todo esto.

—¿Pero cómo?—preguntó desesperadamente Duglas.

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé—dijo Adam.

Andrés y Duglas miraron al mineralogista.

—¿Que lo sabe?

—Sí. El asesino del mayor Brent y del profesor Morgan es... Andrés Valero.

CAPÍTULO VI

L[image]

a acusación sonó como un disparo en el silencio de la noche. Andrés sorprendido dio un paso atrás. El profesor Adam empuño fuertemente su pistola y apuntó al corazón del joven.

—A mí no me ha engañado, señor Valero. Usted asesinó al Mayor y ahora al Profesor Morgan. Su idea es irnos matando poco a poco a todos y cuando se encuentre solo, arreglará la aeronave, la cargará de

oro y se marchará a la Tierra o a Marte, o a cualquier otro planeta, a vivir tranquilamente disfrutando de su enorme fortuna. Pero sus propósitos han fallado. No somos tan tontos que nos dejamos engañar tan fácilmente.

El profesor Duglas escuchó aquellas palabras y la duda germinó en su cerebro. Pudiera ser que el profesor Adam llevase razón. ¿Quién era en realidad Andrés Valero? Un presidiario, un hombre sin escrúpulos y sin moral. Había estado en la cárcel por contrabando. ¿Por qué no podía muy bien ahora ser el asesino de sus compañeros? Había una gran fortuna esperando ser cargada en la aeronave. Sí... podía ser cierto.

Por su parte, Andrés sabía que al más leve movimiento sospechoso que hiciese, el mineralogista dispararía contra él la mortal carga masiva de su pistola. Por eso se mantuvo estático.

—Antes de acúsarme de un hecho tan repulsivo, profesor, debe tener pruebas para ello. Le aconsejo que esconda esa pistola. Si la utiliza contra mí se quedará definitivamente en Ceres.

—Esa es el ama que está esgrimiendo desde el primer momento, pero ya me he cansado de oírsela repetir. Es usted un asesino y debe morir aunque su muerte sea también la nuestra.

Tatiana había escuchado la conversación desde su tienda de campaña y unas lágrimas ardientes empañaron sus ojos violeta. Ella no quería creer que Andrés fuese el asesino... pero... todo le acusaba. El profesor Adam continuó:

—Ya se ha terminado la comedia, señor Valero. Usted cuando llegamos a Ceres demostró un gran interés por explorar este planetoide. ¿Por qué? Yo se lo diré. Usted conocía ya este asteroide. La había visitado con el profesor Wanderben y sabía de la montaña de oro. Inmediatamente su cerebro criminal pensó en un plan diabólico. Suprimirnos poco a poco. ¿No es cierto cuanto le estoy diciendo?

Tatiana había salido de su tienda y escuchaba las acusaciones y razonamientos del profesor Adam. Andrés, bajo la luz débil de las estrellas, se le veía pálido, pero respondió:

—Todo cuanto ha dicho, profesor, son simples conjeturas que no tienen la más ligera lógica. Si yo conocía ya Ceres y la existencia de la montaña de oro por haber venido aquí con el profesor Wanderben, ¿no cree mucho más sencillo que matase al profesor, que al fin y al cabo sólo era una persona, que no tener que liquidar a diez? Sus razonamientos son ridículos y perdone que le hable en este tono.

El profesor sonrió.

—Es usted inteligente. Eso que ha dicho también lo he pensado yo y la verdad es que no sé por qué no lo hizo entonces.

—Sencillamente porque nunca he estado en Ceres. Sencillamente porque desconocía la existencia de ese oro, que me importa tres cominos; sencillamente porque yo no he matado a nadie.

Tatiana al escuchar aquella vehemente defensa sintió de nuevo que la esperanza se adueñaba de su corazón.

—Creo, profesor—dijo la joven—que se ha dejado llevar por un impulso… demasiado rápido. Andrés Valero no creo que sea un asesino.

-—Usted no lo cree porque se ha enamorado de él.

Bajo la oscuridad de la noche, Tatiana enrojeció. ¿Era cierto lo que decía el profesor Adam? ¿Se había enamorado de Andrés? No lo sabía con certeza. Si amor era pensar continuamente en él; si era estar pendiente de sus palabras; si era soñar por las noches con sus ojos y su sonrisa… sí, estaba enamorada. Pero bajó la cabeza para decir:

—Yo…

Andrés la cortó secamente.

—Lo que dice es ridículo. Ni he matado a nadie ni Tatiana puede haberse enamorado de mí. ¿Quién soy yo? Un presidiario. Ella es una mujer inteligente, culta, que vive para su ciencia, para sus estudios. No, profesor, está dejándose llevar por la fantasía. Baje esa pistola que me está cansando verla apuntar a mi corazón.

El profesor sonrió sin hacer caso. Tatiana se quedó fría al escuchar las palabras de Andrés. En ellas creyó ver una muda declaración. Sólo Duglas, ajeno a sentimentalismos profundos, meditaba.

—Adam—dijo—baje esa pistola. He meditado detenidamente cuanto termina de decir y no creo ni una de sus palabras. Andrés Valero será lo que sea, pero no un asesino.

Adam bajó la pistola. Andrés respiró tranquilo.

—Voy en busca de las herramientas para enterrar al profesor Morgan.

—Yo te acompaño—dijo Tatiana.

Cuando Duglas quedó solo con Adam habló rápidamente.

—Si le hecho bajar la pistola no es porque no crea en sus palabras. Pero necesitamos a ese hombre. Lo que hay que hacer es reunirnos cuanto antes con los demás y procurar que arregle la aeronave. Después… ya veremos.

Adam sonrió.

—¿Entonces, le cree…?

—Silencio, ahí viene.

En efecto, Andrés llegaba con unas palas.

—Vamos a hacer la fosa—dijo escuetamente.

Silenciosamente procedieron a la sagrada misión. Cuando terminaron el día comenzaba a clarear. Duglas propuso:

—En vista de lo ocurrido, creo que debíamos unirnos con nuestros compañeros. ¿No son de mi misma opinión?

—Yo sí—se apresuró a decir Adam.

—-Como quieran—repuso Tatiana.

Andrés también aceptó la propuesta.

*   *   *

Dos semanas después y sin que ocurrieran novedades, los dos grupos se juntaron a orillas de un profundo y caudaloso arroyo.

Cuando el capitán Saulo y los demás se enteraron de la trágica muerte del profesor Morgan, se entristecieron. Ellos por su parte no habían tenido que lamentar ninguna víctima.

Andrés salió a reconocer el riachuelo. En su mente estaba la idea de que aquellos crímenes eran debidos a seres extraños que poblaban el planetoide. Tenía que ponerlo todo en claro. Sabía que el profesor Adam no había olvidado sus sospechas. Y no se equivocaba.

—El asesino es Andrés Valero-—decía el profesor en aquel momento a todos los terrícolas. Y explicó minuciosamente sus razonamientos y sospechas. Todos asintieron en silencio.

—Yo desde el primer momento sospeché de él—dijo Curtis.

—Y yo—afirmó el capitán Saulo.

Los dos pilotos se limitaron a callar. No habían conocido a Andrés hasta aquel viaje pero sabían que era un magnífico piloto y un excelente mecánico. Habían escuchado muchas veces sus hazañas y no podían comprender cómo un hombre de su reconocido valor y pericia fuese un vulgar asesino.

—Lo que vamos a hacer es obligarle a que arregle la aeronave, después nos iremos a la Tierra y daremos cuenta de nuestras sospechas. ¿Qué les parece?

—Muy bien—afirmó Curtis.

Toda esta conversación se llevó a término sin la presencia de Tatiana y de Ester que estaban descansando en sus respectivas tiendas. El profesor Duglas dijo:

—Hay que prevenir a Ester de todo esto. Ella puede ser un voto muy importante a nuestro favor.

—Sí, vaya usted, profesor. Cuando vuelva iremos en busca de ese

Andrés. ¡Que el diablo confunda! y le obligaremos a que arregle la nave.

El profesor Duglas se marchó hacia la tienda de Ester. La llamó repetidas veces sin obtener ninguna contestación. Alarmado por el silencio abrió la puerta de plástico y se quedó paralizado. Toda la tienda estaba revuelta. Los utensilios de la muchacha esparcidos por el suelo y Ester ¡había desaparecido!

—¡Vengan! ¡Vengan!—gritó fuertemente el profesor.

Los terrícolas corrieron presintiendo una nueva desgracia.

—¿Qué sucede?

—Miren, miren cómo se encuentra la tienda de mi secretaria. Está toda revuelta y Ester ha desaparecido.

Se miraron unos a otros. Un miedo terrible les paralizó los músculos. ¡Andrés no podía haber sido el autor de aquella desaparición porque no se encontraba en el campamento! ¿Quién sería entonces?

* * *

Por más que buscaron por todas partes no encontraron rastro alguno de la muchacha. Tatiana y Andrés estaban desolados. Nada de cuanto hacían les llevaba al desenvolvimiento de aquel pertinaz misterio.

—Señores—dijo Andrés mientras tomaban las píldoras vitamínicas—. He pensado mucho en todo esto y no encuentro nada más que una solución.

Todos se le quedaron mirando. El prosiguió:

—Mañana mismo procuraré poner en orden la aeronave. Si es lo que me supongo, en un par de días de trabajo estará lista. Cuando esté en condiciones, ustedes se marcharán a la Tierra. Yo me quedaré aquí en Ceres.

—¿Que usted se quedará?

—Sí. No puedo marcharme sin dejar descubierto este misterio.

—Yo también me quedaré—dijo Tatiana.

—Y yo—afirmó Duglas—. Mi secretaria no ha aparecido. Lo mismo puede estar muerta... que no.

Los dos pilotos se levantaron y se acercaron a Andrés.

—Nosotros no nos marcharemos sin usted.

Andrés sonrió.

—No sean tercos. Deben marcharse. Yo les agradezco lo que hacen pero aquí estamos corriendo un peligro in...

No terminó la frase. Sus ojos se agrandaron y su mano voló rápida a la pistola. Todos siguieron la dirección de los ojos de Andrés. Algo insólito había ocurrido. La tierra se había abierto para cerrarse después rápidamente sin dejar ninguna señal.

Andrés exclamó nerviosamente:

—¡Seres subterráneos! Animales que viven en las entrañas de Ceres. ¡Por eso no los veíamos!

Una palidez cadavérica cubrió los rostros de los terrícolas. Tatiana temblaba como una azogada. Curtis gimoteaba. El capitán Saulo llevado por su nerviosismo disparó dos veces su pistola de carga masiva sobre el suelo, poco antes abierto.

—Serenémonos—gritó Duglas—tenemos que conservar la sangre fría.

Adam se encaró con Andrés Valero.

—Le pido perdón por...

—No es momento para pedir perdones. Hay que actuar con rapidez. Estos animales... o lo que sean, viven en las entrañas de Ceres. Salen a la superficie como lo hacen nuestros gusanos, nuestras lombrices. Ahora bien, deben ser de considerable tamaño y fuerza. Para matar a un hombre de la forma que mataron al mayor Brent y al profesor Morgan se necesita poseer unos fuertes anillos. Lo que no me explico es cómo pudieron llevarse a Ester.

—¿La enterrarían?—la pregunta brotó de la boca de Carlos.

—No lo sé.

—¿Por qué no abrimos un agujero donde está su tienda?

—Vamos. De probar nada cuesta.

Y rápidos como el pensamiento los terrícolas armados de palas comenzaron a trabajar frenéticamente. Ya llevaban hecho un pozo de unos cuantos metros de profundidad y todavía no habían visto nada de particular. Fue Julio Rincón, al ahondar su pala el que soltó un grito:

—¡Aquí, aquí!

Andrés se tiró dentro del pozo.

—¿ Qué ha visto ?

—Mire—y Julio le mostraba una de las botas de la muchacha.

—Hay que seguir ahondando—ordenó. Y para dar ejemplo comenzó a sacar tierra y más tierra.

Un cuarto de hora más tarde, fue el profesor Adam el que llamó a sus compañeros.

—Bajen, bajen.

Andrés, cansado, casi agotado por el esfuerzo bajó y ante él se abría una verdadera maravilla de la técnica. Una serie de corredores perfectamente hechos partían en varias direcciones. Eran lo suficientemente grandes como para que pudiera pasar un hombre agachado.

Andrés murmuró satisfecho:

—Creo que ya tenemos medio misterio aclarado. Ahora descansaremos. Cuando nuestras fuerzas estén repuestas, nos internaremos por esas galerías.

Todos salieron del pozo y se acostaron a descansar. Tatiana se acercó a Andrés.

—¿No crees que es peligroso internarse por esos corredores? No sabemos cómo serán esos animales. Lo único que conocemos es que poseen una enorme fuerza.

—Es peligroso, Tatiana, pero no hay más remedio. Tras esa corteza de tierra se esconde un gran misterio. Quizás ese misterio sea muy bueno que lo conozca la Tierra. Tú sabes mejor que yo que hoy por hoy la Tierra es el centro y eje del Sistema Planetario Solar. Pero más de dos veces ha tenido que enseñar los dientes para que la paz sea duradera y benefactora. Esa paz se logrará mantener mientras seamos fuertes, potentes, mientras los demás hombres que pueblan otros planetas nos teman. Cuando ellos hayan perdido el miedo, entonces se desencadenará una guerra que puede aniquilar por completo al Sistema. Eso no lo debemos consentir. El mineral que descubrió el profesor Wanderber, por el cual se organizó esta expedición es uno de esos elementos de fuerza con que la Tierra quiere siempre contar. Ahora bien, ante nosotros tenemos un mundo desconocido. No sabemos si de él podremos aprender cosas. ¡Y necesitamos saber tanto para que la paz sea duradera!

Tatiana se dijo que jamás hubiera supuesto que Andrés le hablase de aquella manera. Ella le había juzgado como un cínico, como un ser burlón y despreocupado. Por eso se le quedó mirando para preguntarle:

—¿Quién eres en realidad, Andrés? Cada vez te conozco menos.

El muchacho sonrió ampliamente.

—No pienses en cosas sin importancia, muñeca—y se rio a carcajadas. Eran las mismas carcajadas de siempre, burlonas, cáusticas.

* * *

Los terrícolas, llevando entre las manos las antorchas eléctricas

avanzaban por aquellas galerías subterráneas. A medida que se internaban, las galerías se hacían de mayor tamaño. Casi podían caminar de pie.

Extraños corredores iban en todas direcciones. Aquello semejaba el interior de un gigantesco hormiguero o una mina caprichosamente abierta.

Andrés caminaba en cabeza seguido del capitán Saulo. Ambos hombres sostenían la antorcha eléctrica con una mano y con la otra empuñaban fuertemente la pistola de carga masiva.

La más completa oscuridad reinaba en aquellas profundidades. De vez en vez la galería dejaba de deslizarse horizontalmente y cogía un ligero pero notable grado de profundidad. Ya llevaban andando más de una hora, siempre bajando cuando Saulo le dijo a Andrés al oído:

—Si continuamos así llegaremos a la otra parte de Ceres.

—No sé dónde llegaremos, lo que sí sé es que hay que proseguir —dijo resueltamente Andrés.

Un ligero vientecillo, de desconocida procedencia, agitaba los cabellos de los terrícolas.

Tatiana, junto al profesor Adam, avanzaba con precaución y miedo. Esperaba ver salir de un momento a otro un animal monstruoso con las fauces abiertas y abalanzarse, gruñendo y rugiendo pavorosamente, sobre ellos.

Pero todavía nada de particular había visto, si se exceptuaba la inmensa red de galerías maravillosamente construidas.

Al darle la vuelta a un recodo que formaba el corredor subterráneo, Andrés se quedó parado. Allá al fondo había visto una lucecita que se movía sinuosamente.

—Silencio. Creo que algo viene hacia nosotros.

Los terráqueos quedaron paralizados. Todos empuñaron las pistolas y los ojos fijos en la oscuridad profunda del amplio corredor.

CAPÍTULO VII

L[image]

a luz que había percibido Andrés Valero se hizo más intensa. Los terrícolas, agazapados, esperaban ver aparecer de un momento a otro

a los temibles habitantes de Ceres. Pero nada ocurrió. La luz volvió a brillar para extinguirse definitivamente. Andrés habló rápidamente:

—Capitán Saulo. Sigamos. Ustedes quédense aquí. Si les necesitamos ya les avisaremos.

—Pero...—protestó el profesor Duglas.

—Obedezca, profesor. Caso de encontrarnos con esos seres misteriosos y sufrir algún percance, quedarán ustedes para vengarnos. ¡Andando, capitán!

El militar no se hizo repetir la orden. Se aferró más a su pistola y avanzó decidido tras Andrés.

La galería subterránea se estrechaba por momentos. Aumentaba en altura pero disminuía en amplitud.

—Esto se hace muy peligroso. Casi no podemos movernos.

—Sigamos, capitán. Ya encontraremos lugares más cómodos y apacibles—dijo Andrés con amarga ironía.

No habían avanzado más allá de un centenar de metros cuando la galería se ensanchaba formando una especie de plazoleta. Varios corredores desembocaban en ella, todos bastante grandes y espaciosos.

—¿Por cuál nos decidimos?—preguntó el capitán.

Andrés iba a responder cuando hasta él llegó como una especie de gemido. Prestó mayor atención y, en efecto, se oía como un sollozo entrecortado.

—Capitán—dijo en tono bajo el joven.

El militar se le acercó.

—Estoy oyendo—dijo.

—Sí—cortó rápidamente Andrés—eso era precisamente lo que quería decirle. ¿Pero dónde estará escondido ese ser que emite esos sollozos?

—Si nos callamos quizás podamos localizarlo.

Se callaron y los gemidos continuaban. Guiados por ellos fueron avanzando por uno de los corredores. A medida que se internaban por él los gemidos eran más audibles, más claros.

—No hay duda. Vamos por buen camino—dijo Andrés.

El capitán asintió con un gruñido.

Las antorchas eléctricas alumbraban débilmente el camino.

Andrés tropezó con un saliente que le hizo perder el equilibrio. Tuvo que apoyarse fuertemente en las paredes para no caer. Al hacerlo sintió la sensación de haber tocado una masa húmeda, blanduzca y viscosa. Hizo un estremecimiento y se quedó parado.

—Capitán—dijo entrecortadamente—no sé lo que he tocado.

El capitán Saulo acercó al lugar indicado la antorcha. Allí no había nada más que barro arcilloso.

—Sólo es barro—dijo el militar—sigamos. Los gemidos todavía se están escuchando.

Avanzaron rápidamente y de nuevo aquel corredor se ensanchaba. Tras un montón de tierra blanda y húmeda, Andrés Valero vio como unos pies humanos. Se acercó rápidamente y allí, tumbada en el suelo, aprisionada por la masa pegadiza del fango, estaba Ester. La muchacha al verlos lanzó un grito de alegría y de angustia.

—Vamos, hay que librarla de este maldito barro.

Andrés y el capitán Saulo dejaron las antorchas clavadas en las blandas paredes de la galería y después de guardarse las pistolas en los bolsillos comenzaron a quitar puñados de barro de encima del cuerpo de la muchacha. Lo hacían con rapidez, sin descanso. Pocos minutos después la muchacha estaba libre. Al verse sin aquel peso que la oprimía y la sujetaba, Ester perdió el conocimiento.

Andrés cargó con el cuerpo inanimado de la muchacha y el capitán se hizo cargo de las dos antorchas.

Fueron retrocediendo con rapidez. Cuando llegaron a la plazoleta, el capitán se quedó parado.

—Ya no sé cuál es el corredor por donde hemos venido—dijo.

—Grite. Quizás nuestros amigos nos oigan y podremos orientarnos por sus voces.

El capitán comenzó a gritar desesperadamente. A los gritos las blandas paredes y el techo de las galerías comenzaron a desprenderse.

—¡Cállese!—aconsejó Andrés—. Estas malditas galerías nos van a sepultar.

Pero los gritos del capitán habían sido escuchados por los terrícolas que comenzaron a hacer señales con las linternas.

—Vamos, es por este corredor—exclamó lleno de contento el militar.

Corrieron todo lo que les permitía lo estrecho y lo bajo de los subterráneos. Por fin llegaron hasta donde estaba el grupo. Tatiana preguntó:

—¿Qué han encontrado, capitán?

—A Ester. Andrés la trae. La pobre ha perdido el conocimiento.

La voz de Andrés se dejó oír.

—Vamos saliendo. Hay que llegar cuanto antes a la superficie.

Ester cuando vuelva en sí nos contará lo que haya visto.

Lentamente fueron retrocediendo. Más de dos horas después estaban en la superficie de Ceres. La cegadora claridad del sol los paralizó unos instantes. Después respiraron a pleno pulmón.

—Casi creía que nos habíamos convertido en topos—dijo Duglas risueño.

—O lombrices—repuso el profesor Adam.

Tatiana atendía solícita a Ester. La muchacha lentamente fue abriendo los ojos. Al verse al aire libre y rodeada de rostros amigos sonrió tímidamente. Luego se llevó ambas manos a los ojos y lanzó un grito angustioso.

—Cálmese, señorita Ester, cálmese. Ya ha pasado todo—dijo Andrés persuasivamente.

La muchacha separó las manos del rostro y habló trémula.

—Gracias, señor Valero... muchas gracias...

—Déjese de agradecimientos y cuéntenos cuanto haya visto.

La muchacha se estremeció.

—Fue algo horrible, horrible.

—Nos lo figuramos, pero cuéntelo—apremió Andrés.

Los terrícolas estaban pendientes de los labios de Ester. Esta dijo:

—Estaba en mi tienda descansando cuando de pronto y sin saber cómo se abrió la tierra. Después se volvió a cerrar. Pero yo sentí como si me tirasen de los pies. Al principio no vi a nadie. Después me fijé un poco mejor y vi... ¡Oh! es horrible—y comenzó a sollozar angustiada.

Andrés la consoló cariñosamente.

—Ya no debe preocuparse, Ester. Está entre amigos. Continúe.

La muchacha hizo un esfuerzo y sonrió tras sus lágrimas.

—Soy una tonta—dijo, luego prosiguió—. Lo que vi fueron una especie de lombrices pero enormemente largas. Casi medían dos metros. Eran delgadas, como mi dedo pulgar, pero largas, largas—y la muchacha no se cansaba de decir la longitud de aquellas extrañas lombrices.

—Continúe — dijo Andrés sonriendo—. Vio unas largas lombrices. ¿Qué más?

—Pues... estas lombrices tenían como unos largos y delgados brazos terminados en una especie de espátula. Con esa espátula, me cogieron de las piernas y...—aquí hizo una pausa—. Tenía tanto miedo que quise gritar, pero no pude y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré estaba en un sitio muy oscuro, como si fuera una mina. Varias de estas lombrices me sujetaban fuertemente mientras que otras me

ponían sobre el cuerpo una especie de masa arcillosa. Así me aprisionaron y se marcharon. Poco después llegaron ustedes. Eso es todo.

—Ya es bastante, señorita Ester—dijo el profesor Duglas—. Ha tenido suerte de que a Andrés Valero se le ocurriera algo parecido a lo de esas fantásticas y raras lombrices. Ahora lo que debemos averiguar es lo que hacen, de qué viven, de qué se alimentan. En fin de todo. No puedo concebir que sean animales sin inteligencia. Algo se esconde tras todo esto.

Andrés preguntó:

—¿Cree, profesor, que pueden ser estas lombrices los terribles hombres gusanos de los que tanto escribió el profesor Wandel?

—Qué quiere que le diga, señor Valero. No puedo saberlo a ciencia cierta. He leído varias obras de Wandel, pero no he llegado a comprender bien a esos hombres gusanos. Quizás usted, profesor Curtis, sepa de esto mucho más que nosotros.

Curtis sonrió con timidez, luego dijo:

—He leído mucho sobre los hombres gusanos, y hasta incluso he estudiado bastante a fondo la cuestión. Geológicamente hablando son muy importantes. Estos «hombres» son oriundos de Neptuno. Yo tuve que trasladarme allí para poder estudiar sobre el terreno. Pues bien, su origen es antiquísimo, tanto como el nuestro. Según Wandel, son crueles y sanguinarios. Sólo poseen malos instintos. Cuando los terrícolas fueron a Neptuno para explorarlo, tuvieron que vérselas con estos malditos y entablaron una batalla feroz. Casi lograron exterminarlos, pero hubo un piloto que se volvió loco y llenó su aeronave de esos «hombres» y los fue esparciendo por diversos planetas y satélites. Afortunadamente no se adaptaron y murieron todos. Quizás éstos que hay aquí en Ceres sean descendientes de aquellos. No podemos saberlo. Pero si lo son debemos exterminarlos. Tienen una rara propiedad de reproducción además de una serie de factores evolutivos que a medida que van envejeciendo su piel se recubre de una sustancia viscosa y pegajosa que destila un veneno activísimo y mortal. Este veneno sirve para defenderles de los ataques extraños, además de producir unas emanaciones semejantes a las ondas Hertzianas por las cuales se comunican. Ya en la época de Wandel, se dijo que sería interesantísimo poder estudiar la composición de esa piel, pues seguramente de ella podríamos encontrar la forma de trasmitir ondas a través de mares y espacios sin necesidad de lámparas y a una velocidad superior a la de la luz. Desgraciadamente el sabio Wandel no pudo estudiarlo sobre la práctica y se perdió la gran posibilidad. Quizás nosotros estemos en condiciones de brindar a nuestro planeta la revelación más

sensacional de cuantas ha habido después del antiguo hallazgo de la fuerza del átomo desintegrado.

Calló Curtis y todos los ojos estuvieron pendientes durante unos segundos de sus labios. Luego Andrés Valero musitó:

—Tenemos que dar con uno de esos hombres gusanos o lo que sean para poder estudiarlos.

Tatiana, que no separaba los ojos del joven, preguntó alarmada:

—¿Qué es eso que tienes en la mano, Andrés?

El se la miró. Una placa roja que se iba hinchando por momentos se destacaba.

—¿Esto?.... Pues no lo sé.

El capitán Saulo exclamó:

—Eso debe ser del contacto con uno de esos bichos. ¿Recuerda cuando estuvo a punto de caerse en la galería subterránea, que se apoyó en la pared y me dijo que había tocado una masa viscosa?

Andrés palideció.

—Es cierto—. Rápidamente se quitó la pelliza y se remangó la camisa. Todo el brazo presentaba las mismas características que la mano.

—Ese es el veneno de los «hombres gusano» —dijo Curtis—. Hay que curarlo con rapidez si no queremos que dentro de unos minutos todo su cuerpo sea una masa informe, ¡Venga! Denme un bisturí.

Tatiana se marchó corriendo hacia su mochila. La abrió rápidamente y sacó una bolsa. Con ella cargada llegó junto a Andrés y Curtis.

—Túmbese en el suelo—dijo el geólogo—. Usted, profesor Duglas, ayúdeme. Súbale bien la manga de la camisa. Usted, Tatiana, deme el anestésico local.

Tatiana le dio a modo de una barrita de plata. Curtis la pasó repetidas veces por la región del brazo lo más cerca posible del hombro. Después preguntó:

—¿Duele?

—No—dijo Andrés.

—¿Y ahora?—volvió a preguntar mientras clavaba la punta del bisturí en la carne.

—No.

—Voy a operar. Haré un corte aquí para tratar de extraer todo el veneno. Usted, Tatiana, téngame preparados todos los antibioticorrositomos que tenga a mano. ¿Preparado, Andrés?

—Preparado.

El profesor Curtis con mano firme hizo un corte bastante profundo. Después comenzó a iniciar una especie de masaje. La sangre salía a borbotones, pero era una sangre de un color rojo bastante extraño.

—¿Duele?

—No, no mucho—dijo Andrés, pero el gesto de su cara desmentía elocuentemente su negación.

—Aguante un poco más. Pronto habremos extraído todo el veneno.

—Siga, profesor. No se detenga. Los malos tragos hay que pasarlos pronto.

Y Curtis continuó con sus masajes. La sangre salía cada vez más roja, más purificada. El geólogo se detuvo un instante.

—Creo que ya está.

—Haga otro masaje, así estaremos más seguros.

—Perderá mucha sangre.

—Mejor es perder sangre que la vida.

Curtis sonrió. En aquel momento admiró al valiente muchacho.

Después de friccionar durante unos segundos más, Curtis dijo:

—Ya está bien. Ahora, Tatiana, deme los antibioticorrositomos.

La muchacha le alargó unas botellitas. Curtis las fue destapando y poniendo sobre la herida una especie de polvo blanco. Cuando ya creyó que había bastante, sacó de la bolsa que Tatiana había traído una ancha venda y cubrió cuidadosamente la herida.

—Ya está la cura realizada. Ahora para reponer sangre debe tomarse cinco pastillas vitamínicas.

—No hace falta.

—Pues claro que hace falta—dijo enérgicamente Tatiana—. Tómelas, y se las va a tragar delante de todos nosotros. Vamos. Pronto.

Andrés sonrió ampliamente mientras se tomaba pacientemente las cinco pastillas.

—¿Cómo se encuentra?—preguntó Adam.

—Bien.

En los rostros de todos los terrícolas apareció el contento.

Andrés lo notó e íntimamente se alegró de su herida.

—Bueno, profesor Curtis, ¿ya nos ha dicho todo cuanto sabe de los hombres gusano?—preguntó Carlos Ponti.

—No, todavía sé muchas cosas más. Pero ésas las diré en el

momento pueda encontrar a uno de esos bichos.

—¿De qué se alimentan?—preguntó Julio Rincón.

—De las raíces de las plantas, pero su principal alimento es la tierra.

—¿La tierra?—preguntó extrañado el capitán Saulo.

—Sí. Son de la misma familia que nuestras vulgares lombrices.

—Pues sí que...

—No divaguemos. Tenemos que ir al grano —aseguró el profesor Duglas—. Esos hombres gusano viven bajo tierra, pero en momentos determinados suben a la superficie. Hay que espiar todos sus movimientos.

—No, profesor. Así tardaríamos años, siglos tal vez en poder localizarlos—dijo Andrés—. Hay que meterse dentro de su mismo terreno. Ellos viven bajo tierra, pues bajo tierra iremos nosotros. Sus galerías son grandes, ya lo hemos comprobado. Bajaremos y les daremos la batalla allí.

—Es muy peligroso.

—Que sea.

—Su veneno...

—Nuestras pistolas son más fuertes.

—Ya lo sabemos, pero...

—Pero no comprende, profesor Adam, que aquí en la superficie nunca podremos localizarlos. No, iremos a su mundo. Al mundo de las tinieblas.

Los terrícolas asintieron. Carlos Ponti y Julio Rincón se enorgullecieron de pertenecer al mismo cuerpo que aquel joven moreno y decidido.

—Nosotros le acompañaremos, Andrés—dijeron al unísono.

—Y los demás también. ¡Qué caray!—afirmó el profesor Curtis.

CAPÍTULO VIII

Antes de decidirse a dar la batalla definitiva a aquellos extraños seres, debían pertrecharse de todos los elementos de que dispusieran. Por eso Andrés propuso que regresaran a la aeronave.

Todos los terrícolas aprobaron la decisión del joven mecánico y emprendieron el regreso. Cinco días después estaban junto a la enorme mole de hierro y acero.

—Hay que sacar todas las antorchas eléctricas que tengamos, así como los tubos lanzallamasólidas. Tenemos que protegernos bien de los ataques de esos bichos.

Los dos pilotos, el capitán y el profesor Adam entraron en la aeronave y fueron sacando todos los instrumentos.

—Antes de marcharnos debemos probar su funcionamiento, no sea cosa que se encuentren estropeados.

Así lo hicieron y a excepción de una antorcha que no daba demasiada luz las demás estaban en perfectas condiciones así como los tubos.

En la llanura desértica estuvieron dos días reponiéndose. Al término de los mismos, Andrés anunció:

—Mañana por la mañana nos marcharemos a las inmediaciones de la montaña de oro. Allí es donde mataron al mayor Brent y quizás encontremos alguna forma de introducimos en las galerías y subterráneos de los hombres gusano sin necesidad de hacer ningún pozo.

La noche era fresca pero apacible. Un vientecillo procedente de la llanada repleta de flores perfumaba el ambiente. Andrés vio cómo sus compañeros se acostaban. Él no tenía sueño. Quería pasear un poco. Aquélla aparente tranquilidad y el intenso aroma de las flores le ensanchaban el ánimo.

Paseó silenciosamente por la gran llanura. Sobre un promontorio se sentó a descansar. Miró al cielo. Las estrellas brillaban con clara intensidad. Era muy hermosa la noche de Ceres.

El ruido quedo de unas pisadas llegaron hasta él. Se quedó inmóvil y tensó los músculos, Lentamente se fue volviendo, al tiempo que sus manos buscaban la pistola. Frente a él y todavía a varios metros vio a Tatiana. Le entraron ganas de reírse de su propio nerviosismo. La joven venía sonriente.

—Le he visto venir hacia aquí y como tampoco tengo mucho sueño he querido hacerle un rato de compañía.

—Yo te agradezco la fineza, Tatiana. Pero… ¿por qué no me tuteas? Ya sabes que el usted no me gusta demasiado.

La muchacha sonrió feliz.

—Como quieras, Andrés—al decirlo se sentó también sobre el promontorio, muy junto al joven.

—Así está mejor—Andrés podía percibir el cálido aliento y la

tibieza de su piel. Sin darse cuenta de lo que hacía volvió el rostro y casi tropezó con los labios rojos y jugosos de Tatiana. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no besarlos con ardor.

—¿En qué piensas?—preguntó Tatiana.

—En ti.

—¿En mí?

—Sí, y en nuestra primera entrevista. ¿Recuerda?

—Claro.

—¿Me podrías decir todo lo que hablamos?

—Pues... creo que sí.

—¿También mi petición?

Las mejillas de Tatiana adquirieron un tinte rojizo.

—También—murmuró quedamente.

—¿Y qué te parece si ahora te la hiciese de nuevo? ¿Me lo concederías?

—Si la volvieras a repetir...

Andrés puso sus manos sobre los hombros de Tatiana. Sus ojos negros se posaron sobre los violeta y con voz opaca, hija de la emoción que sentía, murmuró:

—¿Quieres que te dé un beso?

Tatiana no respondió. Cerró los ojos y esperó la caricia. Andrés, suavemente al principio pero con hambre después, bebió las dulces mieles del amor en aquel cáliz rojo de pulpa jugosa y aterciopelada.

Cuando separó sus labios de los de ella, susurró con agitada respiración:

—Tatiana, te quiero. Te quise desde que te vi en la prisión. Sé que no debo quererte, que es una locura, pero en el corazón no se puede mandar.

Ella feliz sonrió a la pálida luz de las estrellas.

—Yo también te quiero.

—¡Pero, Tatiana, yo... yo... sólo soy...!

Ella besó de nuevo sus labios para cortar la frase. Luego dijo con extremada dulzura:

—No es necesario que digas nada, Andrés. Eres un hombre bueno, y yo... ¡te quiero tanto!

Los brazos de Tatiana rodearon el cuello de Andrés Valero y sus labios volvieron a juntarse.

* * *

La mañana apareció radiante de luz y color. Los terrícolas salieron de sus tiendas de campaña y se dispusieron para la marcha. El capitán Saulo y los dos pilotos revisaron por centésima vez las armas y las antorchas y las repartieron entre sus compañeros. Andrés una vez todo preparado ordenó la partida.

En el ánimo de todos anidaban dos sentimientos contrapuestos. Ansiaban encontrarse frente a frente con los misteriosos hombres gusano y al mismo tiempo sentían miedo. La corta pero elocuente descripción que de ellos había hecho Ester, así como las aclaraciones del profesor Curtis pusieron todos los nervios en tensión. El que parecía más tranquilo era el profesor Curtis, quizás porque era el que más cosas sabía sobre aquellos extraños seres.

Tatiana, junto a Andrés, caminaba silenciosa. Pensaba en el amor que había nacido en su pecho y sentía miedo... miedo de perderlo... miedo de que aquellos hombres gusanos terminasen con la vida de su amado.

Se acercó más a él y le dijo en voz baja.

—¿No podríamos desistir, Andrés? ¿Qué nos importan a nosotros esos hombres? Yo... yo...

El joven la miró dulcemente.

—No, Tatiana, piensa bien lo que dices. Esos hombres son un verdadero peligro tanto para nosotros como para los que como nosotros vengan a Ceres. Además, hay que pensar en el extraordinario poder de su piel. Ya el profesor Wandel, lo insinuaba en sus estudios. Y no es eso sólo. Aquí, en Ceres hay mucho oro. La Tierra necesita de esa riqueza. Hay que explotarla, con esos hombres como huéspedes sería casi imposible. No, Tatiana, hay que, sino exterminarlos, por lo menos, conocerlos para después, con más gente y elementos, llegar a la victoria final.

Tatiana tuvo que reconocer una vez más que Andrés Valero tenía razón.

Llegaron al promontorio arenoso de donde se veía toda la hermosa llanura floreada. De allí partieron hacia el monte de oro.

Ya nadie pensaba en el precioso metal ni en la fabulosa fortuna que él representaba. El pensamiento de la lucha que iba a dar comienzo los embargaban todos los pensamientos y sentimientos.

Pronto pisaron el lugar donde habían levantado el primer campamento. Andrés ordenó el alto.

—Señores. Vamos a ir al mismo sitio donde encontramos al mayor Brent. Recuerdo perfectamente que era en una hendidura del monte. Una especie de caverna. Vamos.

Nadie respondió. A medida que se acercaban al lugar, los terrícolas se aferraban con mayor fuerza a las empuñaduras de sus armas.

La caverna estaba ya a la vista. Andrés volvió a decir:

—No vamos a entrar todos. Lo haremos solamente el capitán Saulo, Carlos Ponti y yo. Los otros que esperen órdenes. ¡Vamos!

El capitán Saulo y Carlos Ponti, se adelantaron. Andrés ya se había metido en la caverna. Era ésta de pequeñas proporciones en cuanto a la anchura, pero se veía bastante profunda. Andrés, seguido de sus dos compañeros avanzaba resueltamente alumbrándose con las antorchas eléctricas. La caverna terminaba en una anchurosa plazoleta de la que nacían una serie de corredores o galerías subterráneas, al igual que las que ya habían visto. Andrés se detuvo y esperó a Carlos y al Capitán.

—Creo que vamos por buen sitio. Por aquí debemos encontrar a esos bicharracos. Lo malo es que no dan la cara.

—Lo que no comprendo es cómo hacen estas galerías si no las utilizan.

—Ya lo sabremos todo.

—Sí, eso mismo me digo yo. Ya no quiero pensar más. Lo que sea pronto lo veremos.

Y de nuevo fueron avanzando por las galerías sin encontrar nada de particular.

Andrés se ponía nervioso. Aquélla búsqueda infructuosa le sacaba de quicio.

—Es desesperante—dijo el capitán.

—Lo es—afirmó Carlos.

—¿No nos habremos equivocado?

—¿Equivocado en qué, capitán?

—Pues..., pues qué se yo, de camino... de... lugar... no sé.

Andrés se dio una palmada en la frente.

—Quizá tenga razón, capitán. Creo que nos hemos equivocado de camino y de lugar.

—¿Sí?—preguntaron los dos extrañados.

—Estoy convencido. ¿Verdad que no hemos visto a ninguno de esos hombres gusanos?

—No, no los hemos visto.

—Pues estamos rodeados por todas partes de ellos.

El capitán Saulo y Carlos Ponti miraron asustados a su alrededor.

Luego el capitán dijo desabridamente.

—No me gustan esa clase de bromas, señor Valero.

—Ni yo soy capaz de gastarlas, capitán ¿Recuerda dónde me inocularon el veneno?

El capitán comprendió al instante. Su faz se tornó cadavérica.

—¡En las paredes!

—Eso mismo. Viven en las paredes. No hay que olvidar que necesitan de la humedad para poder vivir y reproducirse. Se alimentan de tierra, estas galerías son, pues, producto de su voraz apetito.

El capitán se revolvió nervioso. Sus ojos se posaron en las paredes de las galerías como esperando ver surgir de ellas a una legión de aquellos hombres gusanos.

—¡No salen, no salen esos malditos! ¡Salid, dad la cara, cobardes! —gritó fuera de sí.

De las paredes comenzaron a desprenderse trozos de arcilla.

—Cuidado. No grite, capitán. Ya sabe que... —no terminó la frase. Se quedó callado unos segundos y después soltó una sonora carcajada. Sus compañeros creían que se había vuelto loco, pero Andrés cuando terminó de reírse dijo imperativamente—: Salgamos. Vamos, de prisa.

Y comenzó a correr hacia la salida. Carlos y el capitán sin comprender aquella acción también corrieron.

Cuando se encontraron al aire libre, Andrés se unió al grupo de compañeros. Estos le asaetearon a preguntas.

—¿Los ha visto?

—¿Cómo son?

—¿Ha encontrado algún medio para exterminarlos ?

Andrés estaba sonriente, diríase que contento. Cuando se terminaron las preguntas dijo:

—No hemos visto a nadie. Pero ya sabemos muchas cosas, ¿verdad capitán?

El aludido se frotó vigorosamente la nariz con la “palma de la mano.

—¡Que me dejen solo ante una legión de pulpos radiactivos si entiendo una sola palabra!

Andrés sonrió.

—Les explicaré—dijo—. Esos hombres gusano viven pegados en las paredes de las galerías y corredores. Por mucho que hagamos no los podremos ver porque están dentro mismo de la tierra. Pero he encontrado un medio para hacerles salir a la superficie.

—¿Cuál?—preguntaron Adam y Duglas a la vez.

—Ya se les diré. Cuando nos metimos por vez primera por esas galerías y debido a una circunstancia fortuita, nos perdimos, para orientarnos, el capitán comenzó a gritar y las paredes de las galerías comenzaron a desplomarse. Entonces no le di importancia, pero hoy ha sucedido lo mismo. También gritó el capitán y de nuevo las paredes se agitaron. ¿Lo ven ya claro? ¿lo comprenden?

—Pues confieso que no—dijo Duglas.

—Ni yo tampoco—dijo Adam.

—Es sencillísimo, señores—respondió Andrés—. Esos hombres gusanos son muy sensibles a los sonidos. Al escucharlos se agitan, se mueven, y son sus movimientos los que producen los socavones de las paredes…

—¡Es cierto!—exclamó el profesor Curtis—. Se me había olvidado. El profesor Wandel lo anuncia así en su memoria.

—¿Y qué piensa hacer?—dijo Duglas—. ¿Porque supongo que no pretenderá que nos pasemos los días gritando en las galerías para obligarles a salir?

Andrés rio a carcajadas.

—No. No pretendo eso. Pero en la aeronave tenemos dos emisoras…

—Que no funcionan…

—Pero que funcionarán. Las arreglaremos. También llevamos aparatos receptores. Basta con colocar estos aparatos en el interior de las galerías y nosotros desde aquí hablar o poner algún disco de música. Esos hombres gusano enloquecidos por el sonido no tendrán más remedio que salir a la superficie. Aquí les esperaremos. ¿De acuerdo?

—Si todo sale como usted piensa… maravilloso.

—Saldrá. De eso me encargo yo. Y ahora, Julio Rincón y el profesor Curtis que se vayan inmediatamente a la aeronave y que traigan las dos pequeñas emisoras y los aparatos receptores.

—De acuerdo—dijeron los dos hombres.

Y mientras ellos corrían hacia la aeronave, los demás terrícolas hacían mil cábalas sobre la manera de liquidar a los hombres gusano.

CAPÍTULO IX

Andrés terminó de arreglar las dos emisoras. Los terrícolas admiraron la destreza y habilidad de aquellos dedos. Julio Rincón y Carlos Ponti le ayudaban con vivas muestras de satisfacción.

—Bueno—dijo apartando de su frente el mechón de negro y rebelde pelo—. Ya está. Vamos a ver si funciona.

Pulsó el botón y se escuchó un extraño zumbido. Después habló con rapidez y seguridad. ¡Los trasmisores repitieron su voz! Un grito de alegría se escapó de aquellos anhelantes pechos.

—Bueno, amigos. Vamos a colocar los receptores,

Y de nuevo se internaron en las profundidades de Ceres, por

los subterráneos de los hombres gusanos. Una vez colocados los receptores salieron a la superficie.

—Ya está.

—Pues ahora a poner un disco.

Y Andrés hizo girar sobre un pequeño aparato una insignificante planta oscura. Al instante, de los subterráneos salió un chorro de voz mezclada con los estridentes acordes de una orquesta supermoderna.

—A esperar, amigos.

Los hombres gusano, al escuchar aquellos sonidos se removieron inquietos en las paredes de las galerías. No podían resistir aquel ruido infernal. Y arrastrándose por el suelo, o caminando sobre las espátulas de sus dos largos tentáculos buscaban enloquecidos la superficie.

Los primeros hombres gusano que hicieron su aparición dejaron sorprendidos a los terrícolas. Eran en verdad monstruosos. Ester los había descrito, pero olvidó el detalle de un ojo en forma de almendra que les nacía en la parte superior de aquel cuerpo filiforme.

—Disparad—gritó Andrés.

Los disparos se sucedieron con rapidez. Pero la sorpresa de los terrícolas llegó al límite cuando vieron que aquellos hombres gusano resistían perfectamente las cargas masivas. Los rayos desintegrantes de las mismas no les causaban el menor daño. Y los hombres gusano, avanzaban amenazadoramente agitando su larguísimo cuerpo en forma de látigo. Uno de estos coletazos alcanzó a Carlos Ponti que dio un grito horroroso. El piloto cayó al suelo sin conocimiento. Andrés lo recogió.

—¿Qué hacemos?—preguntaron asustados los terrícolas.

—Lanzad las cortinas de luz sólida. Hay que aislarnos.

Así lo hicieron. De las inmensidades de las cavernas salían cientos, miles de aquellos larguiruchos y repulsivos bichos. Los ojos de los mismos daban vueltas y más vueltas buscando al enemigo.

—¿Qué le pasa a Carlos?

—Nada. Ya parece que vuelve en sí. Pero tiene en la cintura como una especie de quemadura.

Andrés se acercó a verlo.

—¡Electricidad!—dijo.

Los terrícolas le miraron admirados. En efecto los hombres gusano poseían una especie de generador de fluido eléctrico que utilizaban para la defensa.

Los rayos de luz sólida ponían una pantalla, una barrera invisible

pero eficaz entre los hombres gusano y los terrícolas.

—Si nuestras pistolas no les hacen nada ¿qué haremos?

—No lo sé—respondió Andrés preocupado.

Los cientos, los miles de hombres gusano que habían salido de la caverna, sorprendidos al no poder atravesar aquella invisible barrera retrocedieron un segundo. Dos de ellos se anudaron los largos apéndices y después, de sus ojos se desprendieron luces verdosas. Los terrícolas no separaban los ojos de aquella singular y extraña escena. Pero cuál no fue su sorpresa cuando, uno de los hombres gusano lanzó sobre la cortina de rayos sólidos una especie de llamarada, que le nacía de su único ojo, de un color azul oscuro. Los rayos sólidos desaparecieron como por arte de magia y los hombres gusano se lanzaron con fuerte ímpetu sobre los terrícolas que tuvieron que huir despavoridos.

—¡Corramos, corramos! — gritaba Andrés haciendo correr a sus compañeros mientras disparaba inútilmente su pistola contra aquellos seres de asqueroso aspecto.

Los terrícolas corrieron desesperadamente seguidos de cerca por los hombres de las tinieblas.

—Amigos. Parémonos. Vamos a gritar todo cuanto podamos. Creo que nuestros sonidos los pararán.

Y comenzaron a lanzar agudos gritos. Los hombres gusanos se retorcieron y se contusionaron dolorosamente.

—Ya hemos encontrado el arma eficaz—dijo.

—Sí, pero si esto continúa mucho rato nos volveremos afónicos.

—Pues hay que continuar hasta que pensemos en lo que tenemos que hacer.

Y Andrés pensaba y pensaba con rapidez. ¿Qué arma sería capaz de matar a aquellos seres? No encontraba ninguna. Los gritos cada vez tenían menos intensidad y los hombres gusanos, detenidos en su avance, continuaron atacando. De nuevo los Terrícolas tuvieron que huir.

Andrés desesperado al ver que su pistola no le servía para nada, se la arrojó a uno de aquellos hombres filiformes. El efecto fue rápido e inmediato. Cargado como estaba de electricidad al recibir el contacto del hierro de la pistola, se hizo una especie de cortocircuito y una serie de chispas brotaron de aquel cuerpo. Pocos segundos después yacía en el suelo completamente arrugado, negro y sin vida.

—No resisten el contacto con los metales—gritó Andrés, y al mismo tiempo ordenó—: ¡Hacia la montaña de Oro!

Los terrícolas comprendieron que aquella montaña podría ser su

única salvación y hacia ella dirigieron sus pasos. Cuando llegaron a la cima vieron cómo los hombres gusanos se quedaban paralizados en la misma falda sin atreverse a dar un paso más.

—De momento creo que nos hemos salvado —dijo Andrés respirando agitadamente.

—Sí, eso parece pero...

No llegó a terminar la frase. Los hombres gusano avanzaban cautelosamente por la montaña. Andrés creía verles lanzar chispas, pero se equivocó. Nada sucedía. Ellos seguían avanzando. ¿Qué ocurría con las cargas eléctricas?

Fue el profesor Adam el que lo explicó.

—Esos hombres gusanos se cargan de electricidad cuando alguna fuerza externa los irrita. Una cosa parecida a lo que les sucede a nuestros gatos cuando ven a un perro. Encorvan el lomo y erizan el pelo, pero cuando están normales, es decir, cuando nada los irrita, ni nuestros gatos tienen el pelo erizado ni encorvado el lomo ni estos bichos poseen electricidad.

Andrés se dijo que el profesor tenía razón. Había, pues, que buscar la forma de tenerles irritados continuamente para que no pudieran subir por la montaña de oro. Y volvió a pensar en el sonido.

—Vamos a hacer una cosa—dijo—les dejaremos que vayan subiendo y cuando ya estén confiados nos pondremos a gritar enloquecidamente. El sonido los irritará y se cargarán de electricidad y...

—No está mal pensado. ¿Pero se ha dado cuenta, señor Valero, que también nosotros sufriremos los efectos de esas descargas eléctricas? Estamos sobre la montaña y...

—Nos aislaremos. Tiren las mochilas al suelo. Son de goma. Pónganse sobre ellas. Y ahora... a esperar.

Los hombres gusanos, cimbreando sus largos cuerpos y dando enormes saltos, procedían a la ascensión de la montaña. Cuando Andrés vio a un buen número de ellos sobre el oro dio la orden.

—Ahora.

Los gritos se elevaron ensordecedoramente. Los hombres gusanos se quedaron paralizados, se retorcieron dolorosamente y trataron de huir. Pero era demasiado tarde. La carga eléctrica llegó a ellos de forma refleja. Los chispazos se sucedieron y una enorme cantidad de hombres gusanos se quedaron allí para siempre.

—¡Salvados! ¡Salvados!—gritaron los terrícolas.

—No debemos cantar victoria tan pronto— dijo Andrés—Nos hemos librado de unos cuantos, pero todavía quedan muchos.

—Pero los iremos eliminando poco a poco.

—Si podemos.

Los hombres gusano se reunieron en la falda de la montaña. Parecía que deliberaban.

—Son mudos—dijo el profesor Duglas.

—Sí—respondió Curtis—pero se comunican mediante unas señales que hacen con sus ojos, además de una especie de ondas que emite su piel.

—¿Qué estarán diciendo ahora?

—¡Qué sé yo!

Tatiana se acercó a Andrés.

—¿Tú crees que saldremos de ésta?—le preguntó la joven.

—Supongo que sí. No sé todavía cómo, pero...

—Mira, mira—gritó Tatiana,

Los hombres gusanos se habían reunido al pie de la montaña y lanzaban sobre ella emisiones azuladas procedentes de su gigantesco ojo. El oro al ser alcanzado por aquellas llamas se derretía.

—Pronto nos quedaremos sin montaña—gritó Duglas.

—Hay que pensar algo, señor Valero—gritó el capitán Saulo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó Adam lleno de miedo.

—No lo sé—confesó Andrés tristemente—. ¡Si pudiéramos hacernos con las emisoras...!

—No podemos pensar en ellas—dijo Tatiana— pero... pero...

—¿Pero qué?—preguntó Andrés impaciente.

—No sé—dijo sonriendo tristemente—se me ha ocurrido una idea, pero es estúpida.

—Dila, es lo mismo que sirva o no.

—Pues..., yo llevo mi receptor transmisor de muñeca, sólo emite en ondas infra cortas pero...

—¡Claro!—dijo Andrés—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Déjame.

Y rápidamente le cogió a Tatiana el transmisor-receptor. Le dio unas vueltas y apretó el botoncito para ponerlo en funcionamiento. Fue sintonizándolo en una serie de puntos. Llegó un instante en que uno de los hombres gusano se quedó parado. Era el que más cerca estaba del grupo de los terrícolas, dejó de lanzar llamas azuladas sobre la montaña de oro y cayó fulminado como por un rayo.

—¿Qué has hecho?—preguntó Tatiana.

—Pues ni yo mismo lo sé—dijo Andrés—. He ido sintonizando el

aparato por ver si podía lanzar sus ondas sobre los aparatos trasmisores-receptores de la piel de esos hombres. ¡Y lo he conseguido! Al sintonizar ha habido un choque de ondas que le ha desintegrado. ¡Siempre el sonido! Es la única arma que podemos utilizar contra ellos. Lo único que es capaz de matarles es el sonido, ya sea en alta o en corta frecuencia.

Los hombres gusano al ver muerto a su compañero de aquella forma misteriosa dejaron de lanzar sus llamas azuladas y deliberaron de nuevo. El instante fue aprovechado por los terrícolas para tratar de huir.

—Vamos. Si conseguimos llegar a nuestra aeronave allí tenemos suficientes elementos para destrozarles.

—¿Y si nos alcanzan antes?

—No. Afortunadamente para nosotros son mucho más lentos de movimientos.

—Pero, ¿y las llamas azuladas?

—Son de muy corto alcance. ¡Vamos!

Rápidamente bajaron por la otra parte de la montaña y cuando pisaron la llanura llena de flores corrieron enloquecidos. Los hombres gusano, al darse cuenta salieron tras ellos. Pero al llegar a la llanura floreada se detuvieron. Tres o cuatro que quisieron internarse cayeron aniquilados. Andrés que pese a correr no les perdía de vista, gritó:

—Ya sé cómo les exterminaremos. El perfume de las flores los mata.

Y así era en efecto. A los hombres gusano, viviendo siempre en la oscuridad de la tierra, sólo dos cosas podía fulminarlos. El sonido, que al llegar a su piel, repleta de pequeños altavoces, adquiría proporciones gigantescas, tan enormes que les rompía las células, y el perfume intenso de las flores. Este les paralizaba los músculos y sin fuerzas para moverse, su piel se resecaba en breves segundos.

Los hombres gusano retrocedieron rápidamente. Los terrícolas les vieron huir despavoridos. En pocos segundos dejaron de verse.

Curtis explicó:

—Los hombres gusano no pueden resistir durante mucho tiempo la sequedad de la superficie, y mucho más si hasta ellos llega el perfume de las flores. Seguro que ahora, que ya se habrá terminado el disco que pusimos y estando en silencio las entrañas de Ceres se habrán escondido de nuevo.

Todos asintieron en silencio.

—¿Qué hacemos?—preguntó Tatiana.

—¿Cómo que qué hacemos?—respondió Andrés—. Eliminarlos.

—¿Pero cómo?

—Con flores—fue la categórica respuesta—. Vamos a cortar cuantas flores podamos y las iremos poniendo en las galerías. Cuando ya hayamos terminado, nos haremos nosotros un traje con flores de las más olorosas y pondremos de nuevo la emisora con el disco. Ya veremos lo que sucede.

Los terrícolas le miraron incrédulamente, pero no contestaron nada.

Obedientes al mandato de Andrés se dedicaron sin descanso a cortar todas cuantas flores había en la inmensa llanura. Ya tenían un buen montón cuando Andrés dijo:

—Ahora a hacemos el traje—y uniendo la acción a la palabra fue prendiéndose flores por todas partes hasta estar recubierto por un manto sedoso y policromado.

Una sonora carcajada salió de todas las gargantas de los terrícolas.

—Está usted encantador—se burló el profesor Duglas—. Si lo vieran en la gran Avenida de Cristal de Nueva York...—y no pudo contenerse otra carcajada.

Andrés sin tomarlo a mal respondió jocoso:

—Ustedes búrlense todo lo que quieran, pero con este traje estoy a salvo de esos malditos hombres gusano.

Todos comprendieron que tenía razón y se dispusieron a llenarse de flores. En verdad causaban risa. Tenían un aspecto extraño y ridículo.

Cargados con grandes fardos de flores fueron acercándose a la caverna. Allí todavía estaba la emisora. Los hombres gusano no la habían tocado. Andrés la probó y funcionaba perfectamente. Rápidos como el pensamiento fueron colocando las flores en las galerías subterráneas y cuando terminaron de colocarlas Andrés puso en funcionamiento la emisora y colocó de nuevo el pequeño disco.

CAPÍTULO X

L[image]

os hombres gusano enloquecidos por la música estridente volvieron a ponerse en movimiento. Dejaron las guaridas húmedas de las paredes y trataron de salir a la superficie. Pero el perfume intenso de las flores, agrandado por la humedad de los subterráneos, los paralizaba.

Locos, lanzando llamaradas azules por los ojos, llenos de cargas eléctricas se precipitaban hacia la salida sin poder conseguirlo.

Ellos entre ellos se eliminaban para evitar el atropellamiento. Uno de los hombres gusano, logró salir a la superficie y se abalanzó sobre Andrés. Ni las flores de su traje le sirvieron de coraza. El hombre gusano estaba enloquecido.

Andrés sintió el trallazo de la descarga eléctrica y creyó morir. Pero todavía tuvo fuerzas para sacar el cuchillo que pendía de su cinto y luchar a brazo partido con el monstruo.

La larga cola del hombre gusano buscó con afán el cuello del terrícola para enroscarse sobre él y asfixiarlo. Pero Andrés de un solo

tajo, cercenó aquel cuerpo filiforme. El hombre gusano cayó al suelo como un ovillo.

—¿Te encuentras bien?—preguntó Tatiana.

—Sí. Algo dolorido pero bien.

Los hombres gusano cuando llegaban a la superficie, los que podían conseguirlo, iban medio atontados. Daban unos cuantos pasos y caían al suelo donde su piel se resecaba en pocos segundos.

Los terrícolas veían aquella matanza sin dar crédito a sus ojos. No comprendían cómo aquellos seres feroces y sanguinarios, que podían resistir perfectamente la descarga de los rayos masivos, que podían atravesar la cortina de la luz sólida, que emitían llamaradas capaces de licuar al oro, morían por el simple hecho de que un disco sonaba fuerte y unas flores exhalaban su penetrante perfume. Eran misterios de la Naturaleza, misterios que, por mucho que el hombre terrícola avance, piense e invente, le estarán vedados.

Durante más de dos horas los terrícolas vieron morir a centenares de hombres gusanos. Y eso que no veían los que se quedaban en las profundas galerías, víctimas de sus propios hermanos o de las emanaciones aromáticas de las flores.

Cuando ya cesaron de salir, Andrés se volvió a sus compañeros.

—Vamos, quiero ver el aspecto que muestran las galerías.

—Es una temeridad—insinuó Tatiana.

—No lo creas. Es el momento oportuno para entrar.

Y decidido se internó en la oscuridad. Infinidad de cuerpos delgados y largos se veían por todas partes. La muerte les había sobrevenido a todos. Se podría asegurar que ya no había seres de aquella catadura en Ceres. Más tranquilo salió de nuevo.

—Hemos triunfado. Ahora, profesor Curtis, usted debe coger varios de esos cuerpos para llevarlos a los laboratorios terrícolas y estudiarla composición de esa piel maravillosa. Las propiedades que tiene son en verdad extraordinarias. Actúa como generador de electricidad; como transmisor-receptor de sonidos y señales; poseen una sustancia que anula la acción desintegrante de los rayos masivos y es capaz de romper la cortina de rayos sólidos. Si nosotros, los terrícolas podemos conseguir fabricar una coraza como esa piel, nada ni nadie podrá jamás vencernos, seremos los que impongamos la paz y el orden en todo el Sistema Solar.

El profesor Curtis, ayudado por sus compañeros, Adam y Douglas, recogieron varios de aquellos cuerpos, teniendo buen cuidado de no tocarlos con las manos desnudas por temor al veneno, y después los recubrieron con una masa de tierra húmeda.

—Así conservaremos todas las propiedades de la piel. Si se reseca puede que nunca logremos descubrir su secreto.

Los terrícolas después de recoger los utensilios se acercaron a la aeronave. La gran aventura que habían corrido en Ceres estaba tocando a su fin.

Andrés arregló el cuadro de mandos y lo puso en funcionamiento. Tres días después se disponían a despegar de aquella tierra que tantas emociones les había proporcionado.

—Bueno, amigos—dijo Andrés—. Nos vamos a marchar, pero presiento que no tardaremos mucho en volver. El oro que aquí se encuentra será muy beneficioso para nuestro planeta.

Todos asintieron. El profesor Duglas dijo:

—Yo he recogido una pepita de gran tamaño para presentarla en el laboratorio.

—Ha hecho bien—dijo Andrés—creo que todos nosotros hemos recogido alguna pepita, ¿no?

—Sí—afirmaron los demás.

Carlos Ponti se acercó a ellos. Respetuosamente se encaró con Tatiana.

—Señorita, ¿cuándo despegamos?

—Cuando quiera.

—Pues... estén atentos. Cójanse de las paredes de la cámara. Voy a lanzar la carga de arranque. Preparados...

Y tras un ruido espectacular y dejando tras sí una estela de humo y llamas, la aeronave ascendió en la inmensidad del espacio Sideral y a los pocos segundos navegaba segura y tranquila en dirección a la Tierra.

* * *

—Les felicito, señores—decía en aquel momento el presidente de las Naciones Unidas de la Tierra, dirigiéndose al grupo de valientes expedicionarios—. El descubrimiento de ese oro así como el exterminio de los hombres gusano, cuyas propiedades debemos tratar de conseguir en beneficio de nuestro planeta, sitúa a la Tierra, de una manera clara y terminante a la cabeza de los demás planetas del Sistema Solar. Sin la valiosa colaboración de ustedes, esa supremacía, nos hubiese costado muchas vidas y muchos gastos.

El profesor Duglas, al frente del grupo agradeció las palabras del presidente. Luego dijo: —Señor, debo hacerle una petición.

—Hágala. Si está en mi mano, concedida.

—Desearíamos que a nuestro compañero, Andrés Valero, en realidad el hombre que, por cuyo talento, valor y audacia estamos vivos y además con los descubrimientos en nuestros laboratorios, le concediera la libertad total. Es un hombre inteligente y bueno. Nosotros respondemos de ello. Lo que antes pueda haber hecho, queda lavado con creces por su hazaña actual.

Todos los terrícolas asintieron y afirmaron las palabras del profesor Duglas. El presidente sonrió:

—Me alegro de oírles hablar de esa manera. Ahora, señores, voy a darles una agradable sorpresa. Les voy a presentar a este hombre,

Y campechanamente pasó su brazo por los hombros de Andrés, que sonreía tímidamente» el presidente continuó:

—Aquí les presento al coronel Andrés Valero, más conocido por el nombre de K-5-Z, perteneciente a nuestro Servicio Secreto de Armas Espaciales.

Todos abrieron mucho los ojos. Tatiana lanzó un grito de sorpresa y alegría. El presidente aclaró:

—Andrés estaba en la prisión en comisión de servicio. Unos cuantos espías que habían vendido sus servicios a Plutón habían sido detenidos y necesitábamos saber cuál era el jefe de esa organización secreta. Idea del coronel Valero fue meterse en la cárcel acusado de contrabando de armas siderales. Ya estaba tras una buena pista cuando vinieron ustedes con la petición de que debía acompañarles, ya que él lo había hecho en otra ocasión y por mandato nuestro, con el profesor Wanderben. Nosotros no podíamos negarnos a esa petición si queríamos guardar el secreto de la verdadera identidad del coronel, así es que fingimos que le poníamos en libertad. En su lugar fue otro de nuestros agentes que, teniendo ya las pistas que Andrés había conseguido, logró desenmascarar al jefe de la criminal organización. Si hoy he descubierto la identidad de Andrés ha sido porque hace poco me ha pedido permiso para contraer matrimonio. Ya saben ustedes que en nuestro Servicio Secreto no admitimos hombres casados. Desde este momento el coronel deja de ser el famoso K-5-Z para ser el general Andrés Valero, gobernador de la Colonia Terrícola que se va a fundar en Ceres.

Todos los reunidos miraron admirativamente al hombre que aguantó sus puyas y desprecios y hasta sus acusaciones, sin revelar jamás su propia identidad. El profesor Adam, se adelantó.

—En una ocasión le insulté gravemente, Andrés. Le pedí perdón después, pero ahora vuelvo a pedírselo. Nos ha dado usted una lección, no sólo de valor, sino de humildad y resignación. No lo olvidaré fácilmente.

—Ni yo—dijo el capitán Saulo.

—Ninguno de nosotros podremos olvidar nunca a Andrés Valero —dijo Carlos Ponti.

El joven sonreía satisfecho.

El profesor Duglas habló de nuevo.

—Ha sido para nosotros una gran satisfacción saber la verdad de todo, señor presidente. Pero si usted nombra gobernador a Andrés Valero, ¿quién nos acompañará en nuestro viaje a Titán? Era allí donde debíamos haber ido si aquella nube no estropea nuestra aeronave.

El presidente sonrió:

—Tiene que saber, que Andrés les acompañará a Titán. De ahora en adelante, todo cuanto los terrícolas descubramos más allá de Ceres estará sujeto a la autoridad de Andrés Valero.

Los terrícolas se abrazaron fuertemente y después le dieron las gracias al presidente. El profesor Duglas dijo:

—Señor, nos retiramos. Ya le hemos hecho perder mucho de su precioso tiempo.

Uno a uno fue saliendo del amplio despacho. Sólo Andrés permanecía al lado del presidente. Cuando Tatiana fue a salir Andrés la llamó:

—¡Tatiana!

—¿Qué quieres?—dijo ella volviéndose anhelante.

—Ven.

La muchacha avanzó con timidez. Andrés la cogió del brazo y yendo hacia el presidente le dijo:

—Señor, aquí le presento a mi futura esposa.

Tatiana le miró extrañada. Él no le había dicho nada de aquello pero en realidad no hacía falta. Los ojos de Andrés hablaban elocuentemente.

El presidente sonido bonachonamente.

—Así es que es usted la muchacha que nos roba a nuestro mejor elemento.

Tatiana enrojeció de placer.

—Yo… yo…—tartamudeó.

—No es necesario que se excuse. Si así como yo, soy ya un viejo… no sería Andrés el que la llevara al altar.

Andrés Valero bromeó:

—Puede hacerlo todavía.

—¿Cómo?—preguntó el presidente.

—Sencillamente, siendo mi padrino.

Los dos rieron satisfechos.

Tatiana era feliz, muy feliz. El presidente leyó en los ojos de los dos enamorados que deseaban estar solos. Palmeó la espalda de Andrés y dijo:

—Perdóname un momento, me marcho.

A grandes pasos salió del despacho y después de cerrar puso el cartelito de «No molesten».

Andrés abrazó efusivamente a Tatiana. La muchacha dijo alarmada:

—¿Qué haces? Si viene el presidente…

—No seas tonta. Él se ha marchado para dejamos solos. Mira el cartel que hay en la puerta.

Tatiana salió a verlo. Luego entró sonriendo para echarse despreocupadamente en los brazos de Andrés que la esperaban abiertos. Sus labios se juntaron en un beso largo… largo… tan largo… como los hombres gusanos de Ceres…

FIN

INDICE

J AIM IT O

**La publicación infantil más graciosa
e interesante**

PUBLICA MENSUALMENTE

SÉLECCIONES

DE JAIMITO

**un extraordinario con
36 PAGINAS**

Rebosante de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, sÉleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

NUNCA ÉL EXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el logrado por las

AVENTURAS DE
Y U K I
ÉL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor y por el de su tribu.

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.

Los títulos publicados:

YUKI ÉL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DÉL LATIGO
INVASION INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
ÉL PUENTE TRAGICO
APARECE "TORO BRAVO"
LA CÉLADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN ÉL GRAN EXITO
CONSEGUIDO POR
ESTAS INTERESANTES AVENTURAS
GRAFICAS

Todas las emisoras de la Tierra lanzaban el mismo mensaje de angustia y desesperación:

LOS VAMPIROS DE LA MUERTE

han invadido nuestro planeta. La muerte, la destrucción y el dolor cunde por doquier.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Quiénes eran aquellos

VAMPIROS DE LA MUERTE?

¿De dónde procedían? Ni los servicios de Información del Ejército, ni los sabios, ni los científicos, sabían explicarse el oscuro misterio.

LOS VAMPIROS DE LA MUERTE

cuerpo de hombre, alas de murciélago, lanzando por su boca llamas desintegrantes, llevaban a término su misión destructora.

LEO MACDONAL

con su peculiar estilo lleno de dinamismo, fuerza y dramatismo nos relata en

LOS VAMPIROS DE LA MUERTE

la emocionante aventura que usted, amante de sensaciones inesperadas, podrá leer en el próximo número de la interesante Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As.